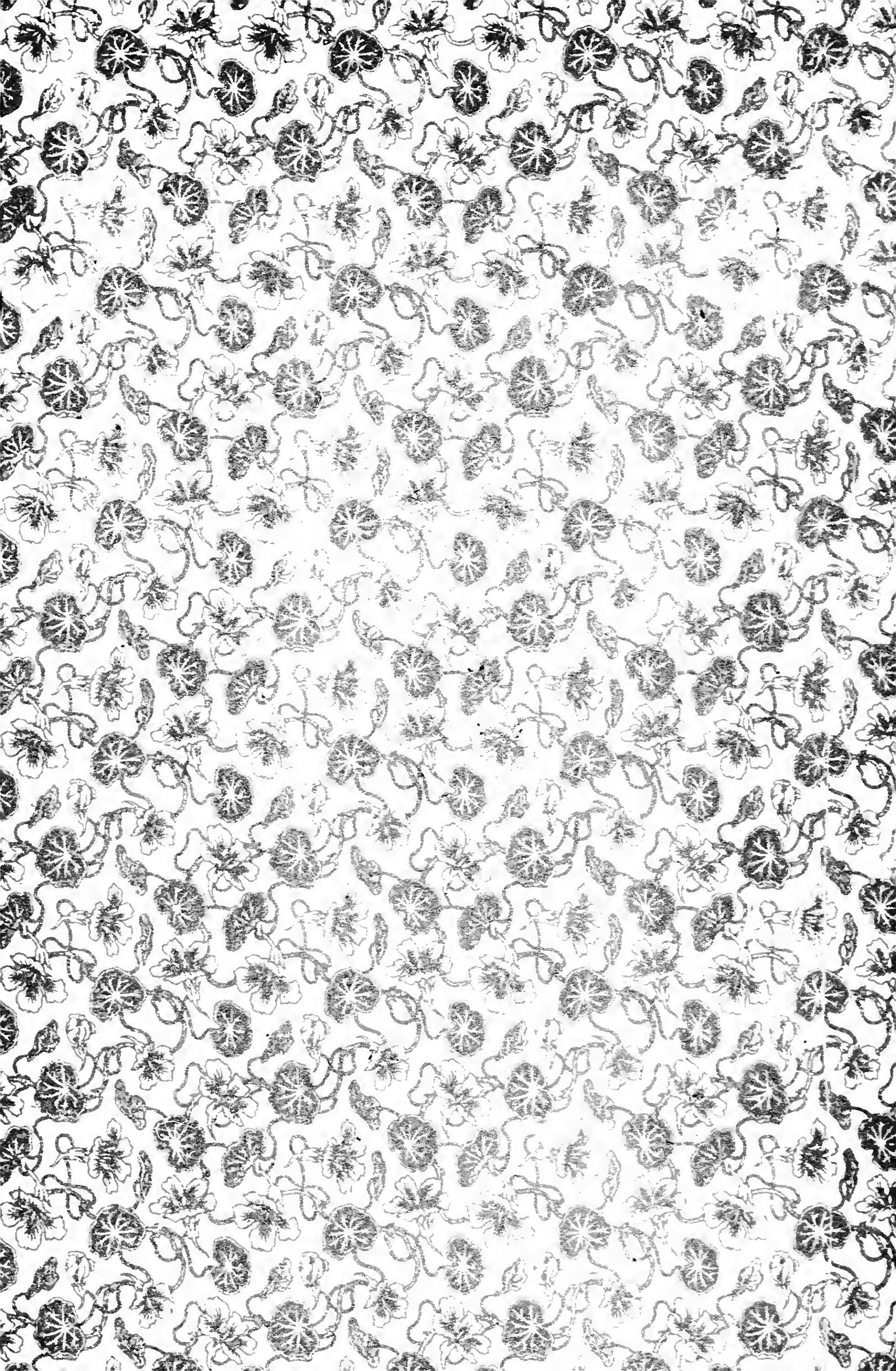


PERFILES Y MINIATURAS

EJEMPLARES ESPECIALES

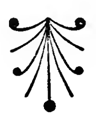
De esta obra se han impreso 20 ejemplares sobre papel del Japon y 20 sobre papel de Holanda.

MARTIN GARCIA MÉROU

PERFILES

Y

MINIATURAS



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680

1889

DOS PALABRAS

Las páginas lijeras que contiene este pequeño volúmen, han sido escritas en medio del ruido y el movimiento de las redacciones de los diarios, dando á la composicion la cuartilla aún húmeda, y sin tener tiempo para completarla ó ampliarla de una manera conveniente. Son, sin embargo, de las que un autor que

«hace literatura» con amor á su trabajo y preocupacion del estilo, recorre con cariño, á pesar de sus imperfecciones, por los recuerdos que ellas le traen y la rapidez de concepcion con que han sido trazadas. Todas ellas han visto la luz pública bajo el velo de algun seudónimo. Las recojo hoy para el pequeño grupo de mis amigos á quienes pueden interesar estos informes bocetos, sin darles por eso un mérito de que carecen y que han estado lejos de poseer en el momento de su publicacion.

Marzo de 1889.

SINFONIA DE VERANO

Los cálidos dias del verano, con su aire de fuego y el pletórico derroche de la sávia estival, se acercan á nosotros y se anuncian con ráfagas y bocanadas de horno incandescente. Todos se disponen á buscar, léjos de los adoquines caldeados y de las plazas donde los árboles raquíticos inclinan perezosamente sus ramas consumidas, brisas frescas y puras, sombra y tranquilidad, reposo y divagacion solitaria. La fiebre de la vida invernal se apaga y desaparece para dar lugar á la existencia

contemplativa, á la calma oriental, á esa suave absorcion del hombre por el medio que lo rodea, á esa laxitud voluptuosa de las regiones tropicales, de los paisajes ecuatorianos, donde las palmeras balancean sus móviles penachos, como bayaderas que danzan al son de un ritmo monótono, y, sobre el humus mojado de las selvas oscuras, arrastran los reptiles el brillo fosfórico de sus pieles escamosas.

El beso del sol ha despertado los gérmenes de la vida, aletargados por las escarchas del invierno. La sávia circula en las plantas que se reaniman, como la sangre juvenil en las venas de un adolescente. Vamos á esos campos bañados de luz, sobre cuya alfombra de verdura se cierne una nube de perfumes; aspiremos el hálito universal de todo lo que existe; retemplemos nuestro espíritu y nuestro corazon con este espectáculo maravilloso, con esta embriaguez de rayos y de colores que se

funden en un solo y fúljido esplendor. A lo léjos, las mieses doradas inclinan á los halagos del viento, sus espigas amarillentas. El cañaveral solloza ó canta como las arpas invisibles de la fábula. Los bueyes pesados abren el surco que fecundará la semilla. Las blancas cabañas, parecen en la colina bandadas de palomas. El viajero solitario galopa envuelto en una bruma de polvo centelleante, por el camino que culebrea como una cinta azulada. La cancion monótona de los grillos y las cigarras, se mezcla al balido de las ovejas y al ladrido de los perros vigilantes. Los naranjos desmayan al peso de la fruta dorada que invita á apagar la sed. Y en este derroche de fuerza y de juventud, los recuerdos, en enjambre bullicioso, como pajarillos que acuden á un festin de migajas abandonadas sobre el mantel de la mesa desierta, acarician nuestra frente con sus alas. y nos cantan al oido las dul-

ces y melancólicas baladas del bello tiempo pasado...



Es el momento de la *villegiature*, esta costumbre estranjera que, como tantas otras, hemos adoptado con pasion entusiasta. Es la época en que en Europa las playas se ponen sucesivamente en moda y atraen una concurrencia numerosa y distinguida. Los casinos rebosan, las mesas de juego están siempre rodeadas por una multitud que se renueva sin cesar. Las fichas ruedan sobre el tapete verde, con su música metálica de acordes cristalinos. Los restaurants se ven invadidos por transeuntes famélicos á quienes despierta un apetito devorador la brisa salada del mar y el ejercicio continuado de un paseo sin interrupcion. Bailes y escursiones cam-

pestres, baños y ruletas, salidas en carruaje ó á caballo, esploraciones en las aldeas vecinas, carreras y regatas, allí se encuentra todo lo que constituye las diversiones favoritas de la sociedad culta de nuestro tiempo.

Se respira en todas partes una atmósfera de bienestar que encanta. Las mujeres dejan ver el contorno plástico de las curvas de su cuerpo, ceñido por esas voluptuosas telas estivales, que oprimen la carne juvenil como una malla finísima y añaden un nuevo encanto á la gracia felina de sus movimientos. Los corpiños entreabiertos dejan traslucir el suave reflejo de las carnes frescas como un boton de rosa, que reciben por la mañana las caricias de las ondas en que apareció Venus á los ojos estáticos de los amantes de la belleza eterna. Tiernas confidencias se suspiran en las noches cálidas, en que flotan en el espacio los vagos suspiros de las flores

cargadas de rocio! ¡Cuántos poemas nacidos en una hora, brotados al suave calor de una esperanza fugitiva, y marchitos al dia siguiente como la blanca gardenia que perfuma los cabellos de la bien amada...

Por la mañana, el aire suave riza la cresta de las olas, juguetea con los cabellos de los niños, y seca con su soplo las escasas gotas del relente nocturno que titilan como lágrimas de plata sobre las hojas verdes de las plantas. Al medio dia, un inmenso incendio rojizo parece desplegar en el cielo de un gris mate, como una plancha metálica, sus llamaradas abrasadoras. Los árboles se doblegan fatigados; nada turba su inmovilidad de brahmines; pero en los huecos de las cortezas seculares, en el laberinto subterráneo de las raíces carcomidas, todo un microcosmos tumultuoso, hierve y se agita con los sobresaltos de una vitalidad poderosa. Un

murmullo continuo, un aleteo incesante, un concierto formado por mil rumores de hojas que caen, de insectos que revolotean en el polvo impalpable de los rayos del sol, de aves que buscan el agua de las fuentes, para mojar en ellas sus alas entumecidas, llena la inmensidad de las selvas, vastas y tranquilas como un templo. De cuando en cuando, se escucha á la distancia el canto melodioso de alguna ave que arrulla á sus pichones al borde del nido inaccesible. Y, al escucharlo, el grillo suspende su eterna melopea, y las mariposas coquetas, apresuran los giros apresurados de sus danzas, como las brillantes parejas de un cotillon bailado en las bodas fantásticas de la reina Mab.

*

¡Oh! las noches de verano, en que parece escucharse el son de una dulce serenata, en que se respiran las emanaciones aromáticas de las plantas, se sueña con el cielo diáfano de Italia; y, el balcon de Julieta, con la escalera de seda que se balancea en la sombra y el canto de la alondra que interrumpe el himno de la pasion infinita, se levanta como una sublime evocacion en los corazones de veinte años! Noches de amor y de poesía, en que un ardor voluptuoso hace estremecer las venas de la juventud! Bajo sus tules transparentes se cobijan los sueños de la ternura compartida, y á la luz de sus estrellas temblorosas, despiertan los vagos anhelos, los éxtasis apasionados, los férvidos arrebatos de la musa soñadora. La

imaginacion se exalta y se cierne libremente, como el águila sobre las cumbres, sobre el polvo de las batallas humanas. Y entónces, en una procesion fantástica, van pasando todas las grandes apasionadas de la historia y de la leyenda, dibujando en el fondo oscuro del recuerdo los contornos mórbidos de su formas esculturales, el gesto imperante de su rostro soberano, y la indomable altivez de su belleza dominadora.

RASTAQUOUÈRE

Un espiritual cronista de *Fígaro* de Paris, ha pintado en algunos párrafos, trascritos por nuestra prensa, la fisonomía del *rastaquouère*, del americano « parisiensado», si es permitido el vocablo, que va á dejar en la gran capital del placer, sus lustrosos billetes de mil francos, en cambio de algunas sensaciones pasageras y generalmente superficiales. Hay aquí un tema digno de un observador sagaz y seguramente tentador, no tan solo para el ingenioso literato que lo consideró bajo

el punto de vista del *esprit* de boulevard, sinó tambien para los que ven en el tipo ridiculizado del *rastaquouère*, un prójimo y algunas veces un compatriota.

El *rastaquouère*, en efecto, no es tan cómico como pretende Albert Millaud. Para este danzante de la frase, para este camaleon del estilo, todo se convierte en motivo de piruetas y de intermedios clownescos. ¡Delicioso personaje! Se diría que en vez de pluma, maneja la *marotte* de Triboulet. Está siempre dispuesto á hacer cabriolas y á desgonzarse en actitudes inverosímiles, delante de una galería turbulenta. El mundo debe aparecer á los ojos maravillados de este Demócrito de nuevo cuño, — como una féria perpétua ó como uno de esos teatros de títeres mecánicos en que los muñecos automáticos, representan toda clase de farsas desopilantes.

El *rastaquouère* ha salido de sus manos

convertido en un espanta-pájaros, caricaturado con el lápiz de Gillray, convertido en percha de trajes y escaparate de joyería, como uno de esos manequís que exhiben los « completos » de la *Belle Jardinière* ó una de esas vidrieras del Palais-Royal, que deslumbran con el centelleo de sus fantásticas pedrerías.

❦

¿Y cuál es el crímen del *rastaquouère*, despues de todo? — Su generosidad rumbosa, la facilidad verdaderamente provinciana con que se desprende de esa sublime miseria que Murger llamaba «una bestia feroz» y que en nuestra época se conoce con el nombre más vulgar de moneda de veinte francos. Desde el cochero de plaza, de chaleco colorado y sombrero de hule blanco, hasta el peluquero á la

moda, inventor obligado de productos infalibles para el cabello, pasando por las mil variedades de la esplotacion cosmopolita organizada como una banda para esquilmar al estrangero, el *rastaquouère* tiene que luchar con todo el mundo y defender su bolsa como en los clásicos tiempos de Gil Blas de Santillana.

Los pequeños industriales del boulevard; los sirvientes del hotel; el *sommelier*, el *maître d'hôtel*, el *garçon* del restaurant; el zapatero y el perfumista; el camisero y el sastre; el *chasseur* microscópico que abre la puerta del carruaje con la gorra en la mano, y el encargado del ascensor que lo remonta á las regiones etéreas del cuarto piso del *Grand Hôtel*; toda la aristocracia de la librea, todos los señores del delantal blanco y del frac á pasto, son sus verdugos y su eterna pesadilla. Las propinas fluyen de sus manos como el agua de una fuente. Y nada calma la vora-

cidad de langosta de estos mónstruos insaciables, en que se fundirían los capitales shylockianos de Rostchild, como un nuevo tonel de las Danaides. Desde que pone el pié en el anden de la *gare d'Orleans,* hasta que se escabulle como un gato escaldado, el estrangero es la propiedad inalienable de una multitud microbiológica de tiranos que lo acechan, lo persiguen y lo estrujan como un limon. Es en vano que pretenda escapar de sus garras. Es el feudatario de estos castellanos, que tienen todo, menos el *derecho de pernada*.



Este lo abandonan generosamente al *rastaquouère* cuyas predilecciones se ensayan sin obstáculo en todas las categorías del ejército del placer, desde los

generales de la alta *cocotterie*, hasta los soldados rasos que se arrastran en el *trottoir*, con el rostro escuálido y almidonado, y los ojos encendidos por el fuego de una fiebre famélica, como reclutas doblegados por el peso del fusil.

Y hay que convenir en ello: los Nerones de siempre, llegado el caso, se convierten en benévolos Alfonsos. Una condescendencia generosa reina en todo lo que se refiere al amor. Para las sensuales espansiones de Nana ó para las escapadas adúlteras de M^me^ Bovary, se encuentra un cómplice detrás de cada esquina.

El *champagne frappé* de las cenas de *Bignon* ó del *café Anglais,* merece los mismos respetos que en la Grecia antigua, la «salsa negra» de los espartanos. Los caractéres se ablandan, se amoldan á las necesidades del momento, disfrazan todas sus asperezas primitivas, bajo un baño de perfecta bonhomía.

Los mozos de gabinete particular, tienen precauciones y discreciones verdaderamente sublimes para no incomodar á sus clientes. Venus reina sobre aquel mundo de baja estofa, y esos profundos filósofos, adulando los instintos animales, saben que están cada vez más cerca del objeto de sus desvelos: el dominio, la tiranía del *rastaquouère.*



Son ellos los corruptores de ese inocente, que termina en una sucesion de delicias embriagadoras, como Séneca en la tíbia voluptuosidad de su trájica agonía. Abandona su cartera á la voracidad inteligente de los encargados de proporcionarle placer, pero no es tan inepto como quieren retratarlo! Paris le pertenece por un mes, por una semana ó por

un dia. Dia único, que deja en el corazon y en los sentidos una huella imposible de borrar. Son suyos los bellos trenes y los caballos de raza, son suyos los triunfos del *sport* y las conquistas de la galantería, son suyos los vinos envejecidos en las bodegas famosas, y las mujeres elegantes que caen en sus brazos mareadas por esa cajita misteriosa con que Mefistófeles despertó los sueños de Margarita. La copa brilla en sus manos, y, á pesar de la sátira de los nativos, no le son menos dulces los halagos de la sultana. Indiferente y altivo, atraviesa la ciudad con el paso de un triunfador audaz y le entrega generosamente su sangre juvenil, su amor y su patrimonio, guardando eternamente la éjida de su recuerdo, como uno de esos antiguos paladines que, al partir para la guerra, hacían bendecir sus armas por la mano inmaculada de su Dama!

AS DE OROS

El señor As de Oros, bolsista y comerciante de alto coturno, no nació envuelto en pañales de Holanda ni vió la luz del dia en ningun palacio del viejo mundo, con el médico de cámara á la cabecera del lecho maternal, y, en las antesalas, la servidumbre inquieta esperando el difícil alumbramiento.

Fué allá, en una retorcida callejuela de Nápoles, casi como Oliver Twist en un hospicio parroquial, donde se meció su cuna, en un medio plebeyo, y bajo los

cuidados un poco bruscos de un modesto comadron de poco precio. Pero el niño tenía los pulmones robustos, la sangre vigorosa, y, más que todo, la decision imprescindible de la vida. Se empeñó en vivir y vivió á pesar de todas esas pequeñas traiciones conjuradas contra la infancia, todos esos asaltos y emboscadas que se disfrazan con el nombre de la denticion, el sarampion y la viruela loca, inhábil para matar, pero suficiente para dejar la huella de sus caricias en un rostro juvenil, como una de esas naranjas que guardan la señal de los picotones de los pajaros del bosque.

Conoció todas las satisfacciones de una pobreza metódica. Comió periódicamente su torta de Navidad, recibió de cuando en cuando algunos juguetes de féria, baratos y poco complicados, labrados sin pulimento, por algun muchacho famélico de la Selva Negra, en un tosco pedazo de ma-

dera de pino; esas muñecas rellenas de acerrin, como un pavo con picadillo de trufas; esos caballitos enclenques, derribados por un soplo; esos polichinelas movidos por un hilo delgado, que agitan á compás los brazos y las piernas. A los nueve años, fué á la escuela de su barrio; y allí sufrió las lecciones y los palmetazos de un pedagogo sin alma. Era el terror de aquella poblacion flotante del Lavinaro de Nápoles, muchedumbre de pilluelos del arroyo, perseguidores de animales domésticos, en cuya extincion tenaz empleaban más astucias y hábiles combinaciones, que los cazadores de Mayne Read y los salvajes de Fenimore Cooper en la caza del búfalo.

Así llegó á los quince años. Su familia encontró que el muchacho tenía edad y aptitudes para ganarse la vida, y un bello dia puso en su bolsillo algunas pocas monedas, un pasaje de tercera clase en un

steamer de la carrera del Plata, y una carta de recomendacion para un tio que labraba su posicion en América. Su padre lo bendijo como en los cuentos de hadas, y el jóven émulo del héroe de Lesage, despues de un mes de navegacion, se encontró en el muelle de Buenos Aires con el asombro de un aerolito que cayera de las regiones celestes.



Los primeros pasos eran difíciles. El tio no brillaba por la generosidad ni por los afectos de la familia. Le dió algunos consejos que podían resumirse en este: « Para nadar es necesario arrojarse al agua. Si quieres vivir, emplea el mismo sistema y húndete en el Océano ó prueba que tienes fuerza para flotar en la superficie ». Ensayó sucesivamente todos los

oficios. Vivía en una miserable fonda del Paseo de Julio, en un cuarto oscuro y pestilente, huérfano de luz y de alegría. Se alimentaba poco y mal, pero sometido siempre á ese régimen de economía y de órden que caracteriza los instintos de la raza y la educacion europea. Al fin, entró en un depósito por mayor; y, desde las cinco de la mañana, se le veía de pié barriendo las húmedas baldosas y ayudando á los peones á estivar las mercaderías.

Llevaba un pantalon raído, un sombrero matusalénico y unos zapatos deformados y rotos. En los momentos de reposo, devoraba ávidamente las nueces revenidas que se escapaban de las bolsas, ó esos higos echados á perder por el mal acondicionamiento de las cajas, que la munificencia del patron abandonaba á la voracidad de sus empleados inferiores. Esos eran dias de banquete para él. En los de-

más, engañaba los asaltos de su apetito juvenil con algun pedazo de salchichon rancio, acompañado de medio pan francés.

Poco á poco, ascendió á cobrador, y entonces unió al pan un dedo de vino priorato. Las « Tres Bolas » le proporcionaron un traje presentable y unos botines de doble suela, escelentes para las largas caminatas por las aceras desiguales de la capital. No leía, no estudiaba, pero tenía la ciencia de la rutina y la neurósis del ahorro. Se ligó con otros compañeros y compatriotas, fué miembro de varios centros de proteccion mútua y tesorero de la sociedad carnavalesca « La flor del Lácio »; por último, se hizo presentar en una lógia masónica, donde pronto llegó á grado tercero.

Un dia penetró en la Bolsa, y quedó absorto ante el movimiento y el ruido ensordecedor de aquel recinto original. La rueda se agitaba como una colmena alborotada. Las cotizaciones se gritaban en voz alta y una nueva cifra iba á inscribirse en la pizarra negra. Los corredores se abordaban en el ancho salon del centro, con sus trajes descuidados de trabajo, y la animacion del interes de la ganancia en el rostro. En todas partes, no se oía hablar sinó de propuestas, combinaciones, compras y ventas, cédulas hipotecarias, acciones y títulos de crédito. Y el tumulto crecía por momentos, semejante al rumor de la marea ascendente, turbando las imaginaciones débiles y embriagando á los inespertos con ese vértigo que se lla-

ma en los países mineros « la fiebre del oro ».

Al principio con timidez, luego con mayor entusiasmo y audacia, fué allí donde hizo sus primeras combinaciones financieras, y siempre con un éxito que parecía empeñado en esclavizarse á su volundad. Las sumas se amontonaban, las ganancias crecían como la espuma del champagne, y, poco á poco, una transformacion íntima cambiába sus hábitos, su aspecto y su manera de vivir. El traje tomaba cortes elegantes y ceñía las formas redondeadas de su vientre burgués. La corbata se consteló con un brillante, al principio pequeño, y que fué seguido á poco trecho por otros compañeros de más precio y magnitud.

La cadena del reloj engrosó de una manera alarmante, y los dedos de sus manos vulgares, fueron cubriéndose de anillos variados, cubiertos de pedrerías. Sus an-

tiguos amigos de parrandas nocturnas, se achicaron á sus ojos, hasta tomar las mínimas proporciones de inmigrantes harapientos. Se hubiera dicho que el mundo entero permanecía á sus piés y que él lo miraba desde lo alto de su grandeza como Gulliver á los habitantes del país de Liliput.

Y luego vinieron los carruajes con grandes cifras en la portezuela, con caballos vistosos de media sangre, con un cochero de librea chillona, y arneses llenos de chapas y colgajos metálicos. Una artista de cuarto órden, que había arrastrado por todos los café-concierto de Paris las notas de su garganta encallecida, una sacerdotiza del sadismo, envejecida en el vicio de los arrabales, se rehizo una virginidad en sus brazos y subió á la categoría de *maîtresse en titre*. Se le vió en todas partes, concurrente asíduo de todos los teatros, de todos los paseos. Fué el Cabrion

de la sociedad que había conquistado por el poder de su dinero. Y hoy, le encontrareis en Palermo, orgulloso y feliz, oyendo cuchichear su nombre, olvidado del salchichon y el salame de su infancia, pero ¡ ay ! tan ignorante como siempre. Su lujo deslumbra á los advenedizos, y el señor As de Oros es el rey de esa aristocracia cuyos pergaminos son chéques y cuyo Dios es Rostchild.

FANTASIA NOCTURNA

El Dr. Hidrocéfalo es, ciertamente, uno de los más notables representantes de la ciencia contemporánea. Compañero de Pasteur, ha estudiado sus procedimientos, en compañía de Chamberland, Roux y Thuilier, durante la epidemia del cólera en Egipto, en que murió tan denodadamente el último. El Dr. Hidrocéfalo, dió pruebas de un celo y una temeridad que rayaba en heroismo. Se hubiera dicho que una verdadera fiebre de investigacion, lo trasportaba y lo embriagaba con los va-

pores de una locura generosa. Hidrocéfalo penetraba en los hospitales, examinaba los enfermos, y se anticipaba, por último, á las experiencias de Koch, descubriendo el *bacillus coma*, sin cantar hosanna, porque estaba convencido que en la ciencia mientras no se sabe todo, se ignora todo. Sin cesar estudiaba, estudiaba con un teson infatigable, pugnando por arrancar á la naturaleza el secreto de las devastaciones periódicas, que, como las irrupciones de los bárbaros en los antiguos tiempos, asolaban al mundo dejando un monton de ruinas y de cadáveres por trofeos de su victoria.

Visitó la India, permaneció dos años en Calcutta, y durante ese tiempo no hubo colérico que no pasara por sus manos. Se le veia á la cabeza de los lechos, pálido, con su cara huesosa y lívida, semejante al Dr. Milagro de uno de los cuentos más neuróticos de Hoffman, recibir el último

soplo de los moribundos, persiguiendo al enemigo implacable que huía y se esquivaba ante él. Siempre al pié de la brecha, ensayaba todos los recursos de la terapéutica, se perdía en divagaciones profundas, inquiría los más recónditos caprichos de la enfermedad implacable, y en las horas nocturnas, despues de una lucha incesante, encerrado en su laboratorio, lo sorprendía el alba al lado de las retortas y de los reactivos químicos, con los párpados hinchados y el rostro contraido por una eterna decepcion.



Aquella escitacion fatigaba sus nervios siempre tendidos como cuerdas de violin. Sí, el *bacillus* estaba descubierto; pero ¿era él acaso la causa generadora del cólera? ¿era el vehículo del contagio?... Y

suponiendo que así fuera, ¿qué armas podían emplearse para destruir, para debilitar, para aniquilar á ese virus primitivo, á ese miserable liliputiense con alma y garras de tirano? El Dr. Hidrocéfalo, que había presenciado sus efectos, que había visto la descomposicion de sus víctimas, asistido á sus torturas, á su enfriamiento, á su muerte inevitable, sin que bastaran para detenerla todas las habilidades y chicanas de la medicina moderna, tenía una única ambicion en la vida.

Mientras Pasteur, con admirable estrategia, domesticaba con su vacuna profiláctica, la rabia que tantos estragos habia hecho en el mundo, era necesario que él, Hidrocéfalo, D. M. P. (*Docteur Medecine Paris*), miembro del instituto y del Royal Collège de Londres, levantara un dique contra los avances del mal incontrastable del Ganges. Y así, doblegado sobre los cultivos del microbio, persi-

guiendo siempre ese ideal lejano, todo su pensamiento y toda su actividad se concentraba en la persecucion tenaz de esa aspiracion suprema...

Su gabinete estaba casi sumido en la sombra. Durante muchas horas de ansiedad cruel, el doctor Hidrocéfalo había seguido con el microscopio el desarrollo de aquellos imperceptibles organismos. animados de una furia de destruccion incomparable. En su cabeza fatigada hervía un tumulto de ideas contradictorias. Sus sienes latían con violencia, sus manos estaban secas y ardientes, sus ojos fatigados por la observacion contínua, se entornaban sin sentirlo. Y arrebatado en su delirante entusiasmo, se creía próximo á encontrar la clave del enigma.

❧

Aquel recinto original recordaba los grabados alemanes que muestran el laboratorio de Fausto. Sobre las mesas de roble pulido por el uso, se amontonaban frascos de diversas formas y dimensiones. Las sales y los óxidos se unían allí á todos los demás productos de la química, y las etiquetas de colores se destacaban sobre el cristal manchado de los recipientes. Un estante repleto de libros maculados, hojeados, mil veces abiertos y vueltos á dejar, hacía juego con una vitrina donde en tarros *ad hoc* se veian algunos fetos conservados en aguardiente, al lado de esqueletos de diferentes animales. En los rincones, y cubiertos de polvo, cráneos amontonados en desórden. En el centro del techo, una ancha

claraboya tamizaba la enfermiza claridad de un crepúsculo de otoño.

El doctor Hidrocéfalo, de pronto, dejó escapar una exclamacion de asombro. Una sombra fantástica, fugaz y caprichosa, se desprendía del frasco que tenía en la mano. Se hubiera dicho al principio, una vaga niebla matinal concentrándose en la cúspide de un monte. Despues el protoplasma se condensaba, tomaba consistencia y contornos definidos, vibraba con los eflu-vios de una vitalidad poderosa, se alzaba, se alzaba en todo el orgullo de su fuerza. Sí, no había lugar á duda : el *bacillus* cultivado tomaba un desenvolvimiento aterrador ; y, á cada instante, variaba de aspecto y de actitudes como un Proteo imposible de dominar.

Era al principio un jigante de frente enhiesta y varonil. Despues su epidermis se ensanchaba, sus brazos se multiplicaban y semejante á un pulpo deforme, los

tentáculos de su cuerpo envolvían al mundo como los lazos blanquecinos de una ténia colosal. Hidrocéfalo recordaba instintivamente aquellos mónstruos fabulosos perseguidos por Hércules y Teseo, la frente de la clásica Medusa, enjendradora del rayo, y la Quimera combatida por Belerofonte, con su pecho de fiera, sus costados de cabra y su cola de dragon!



Un relámpago lívido rasgó las tinieblas y la hidra aterradora rompió la cárcel que la estrechaba, Hidrocéfalo trémulo, sin poder articular una palabra, con los ojos desmesuradamente abiertos, siguió su camino tenebroso. Por los campos y las ciudades, á través de climas y de pueblos diferentes, con la rapidez del Hipógrifo de Ariosto, aquel engendro demoníaco de

una naturaleza madrastra, se multiplicaba regocijándose en su obra desvastadora.

Vió al principio la India con sus vastas soledades y su vegetacion poderosa, con sus fakires ascéticos y descarnados, absorbidos en las meditaciones místicas, sin oir el paso pesado del elefante que troncha las yerbas de la selva. El aliento del mónstruo envenenaba las brisas cargadas con las emanaciones del simbólico loto, y en las fértiles campiñas, los hombres caían como espigas segadas por la hoz.

Luego, el mar inmenso, con sus reflejos de lentejuelas, con sus escamas diamantinas. Uno de sus brazos ponzoñosos tocaba á la nave aventurera, sembrando la muerte en su seno estrecho como el de un sepulcro. Las ondas indiferentes se abrían para recibir la presa ambicionada y el bajel sombrío, como el fúnebre caballo del Apocalipsis, apresuraba su marcha llevando el gérmen fatal en sus entrañas.

Más tarde, las playas de la Europa, ciudades alegres y felices, reposando en brazos de su escéptica quietud, resguardadas por su galantería y confiadas en el esplendor de sus artes y de su riqueza. ¡Horror! Era en ellas donde el Moloch sanguinario elejía sus víctimas mejores. El niño y el anciano, la vírgen que rezaba en la sombra del oratorio tranquilo, el libertino que levantaba la copa de la orgía con mano firme y audaz, el guerrero valeroso y el tersita precavido, el magnate y el miserable, el tirano y el esclavo, el patricio y el ilota, tocados con un estigma implacable, ungidos con un ósculo mortífero, como el rebaño que se atropella, se hiere y deja sus vellones en la puerta del corral, caía, caía en los giros de una danza macabra, para servir de alimento á la avidez insaciable del sepulcro.

Los cuadros más sombríos de la historia resucitaban á su pasaje. Se volvían á

ver aquellos fúnebres horrores del azote de Atenas, pintados por Tucídides, los enfermos abrazados por una fiebre interior, cubiertos de úlceras malignas, rodando al borde de las fuentes ó precipitándose en los pozos, abandonados por los suyos y muriendo con la blasfemia en los lábios. Y luego, en una brusca transicion, se recordaban las páginas tenebrosas de Bocaccio, deplorando las víctimas de la cruel peste de Florencia, que hirió á Villani y á la amada de Petrarca, como si un Dios celoso hubiera querido hacer brotar de las lágrimas y la sangre, la sagrada inspiracion del poeta.

Las flechas de las Iglesias se levantaban al cielo como brazos de penitentes en oracion. Los sepultureros ahondaban sin cesar la tierra grasienta de los campos santos. Una procesion infinita, iba á buscar alojamiento en la posada eterna, y, del fondo de todos los hogares, del interior

de todas las almas, una voz mezclada con lamentos y suspiros, gritaba : ¡ Misericordia ! Las más negras visiones del Infierno dantesco no dan una idea de aquella funesta desesperacion. Y el mónstruo se cebaba, con un encarnizamiento maldito, en la raza débil que pugnaba por esquivar su contacto.

Un sollozo de rábia impotente conmovió el pecho del doctor Hidrocéfalo... Y el sábio facultativo, despertando de su horrible pesadilla, miró espantado á su alrededor. Se encontraba en su laboratorio, con los cultivos del *bacillus* al alcance de la mano. La noche había caido y el doctor Hidrocéfalo pidió luz para continuar sus esperimentos.

EN EL MAR

Las primeras ráfagas del otoño, arrojaban de sus hogares á esos seres pálidos, desencajados, anémicos, que luchan á brazo partido con la enfermedad. Los trenes rebosaban; y en los puertos llenos de agitacion y de ruido, se veían cruzar esos espectros como un reproche doloroso contra la vida que hervía á su alrededor. Con el egoismo de todos los que sufren, se apartaban de la agitacion y el movimiento. Pasaban, con los ojos bañados en una especie de vaga soñolencia, cubiertos de

mantas de viaje y abrigos de pieles, lejos de los grupos alegres y juveniles de donde partían sonoras carcajadas. Iban á Madera, al Brasil, á los climas cálidos y dulces en que las flores ostentan sus matices más vivos, en que el aire puro y cargado de emanaciones perfumadas pasa sobre la frente como la caricia de una madre. Iban á retemplar sus fuerzas gastadas, bajo los rayos del sol tropical que haría correr por sus venas empobrecidas, la sávia y el calor vivificante de una nueva existencia!...



En el navío poderoso en que nos embarcamos, una sobre todo llamaba mi atencion. Era una niña dulce, triste. Regresaba al Brasil, destrozada por las crudezas de los climas europeos. Su tez mo-

rena tenia un tinte terroso; sus ojos hundidos en el fondo de las órbitas, relampagueaban de cuando en cuando, como un fuego fátuo que desgarra la oscuridad; su boca contraida por una especie de pliegue doloroso, dejaba ver una doble fila de dientes pequeños y deslumbrantes. Reclinada en su cómoda silla de viaje, encima de pesados y suaves almohadones, permanecía silenciosa, como si su pensamiento casi desligado del mundo de que iba á desaparecer, se hubiera hamacado á compás de los movimientos del vapor.

Por la mañana, cuando el mar desplegaba su perspectiva infinita, bajo una lluvia de rayos dorados que lo cubrían con escamas semejantes á las de la armadura de los ángeles de Milton, ella abría su boca como aspirando la vida que se escapaba de sus pulmones. De noche, cuidadosamente envuelta en su waterproof de viaje, contemplaba de nuevo

aquella inmensa llanura, eterna enamorada de sus ondulaciones y caprichos, de sus voces roncas y de sus canciones apacibles, de su dulce balanceo de nodriza ó su rabiosa cólera de titán!



A su lado, la velaba un sacerdote, único hermano que la amaba y la protejía en su amarga existencia. Con su libro de oraciones en la mano, siempre atento á sus menores deseos, lo veíamos aproximarse á aquel ser débil y silencioso, como una madre amorosa á la cuna de su primer hijo. Su voz grave, al dirijirse á ella, adquiría modulaciones de una ternura exquisita. Se hubiera dicho que temía marchitar con su soplo las hojas de aquella flor delicada y sensible. Para distraerla, traía á su memoria todas las escenas más

interesantes de su larga peregrinacion terrestre; y, algunas veces, volviendo con el recuerdo al fondo de su pasado de inocencia infantil, evocando las páginas trasparentes de Perrault, diseñaba de nuevo con una especie de entusiasmo cándido que despertaba de su atonía á la enferma, las figuras que llenaban las visiones de su niñez, Cenicienta, Tom Pouce, la Bella Durmiente en el Bosque, y la odisea trájica de la Caperucita Encarnada!...

❧

Un dia notamos la ausencia de la pálida enferma, en la cubierta del vapor. Su hermano hacía en ella rápidas apariciones, bajando de nuevo las escaleras con ansiedad febril. Por fin, en la noche, los pocos pasajeros que velaban alrededor de

las mesas de juego, sintieron en el piso bajo un movimiento inusitado.

Su camarote estaba cerca del mio, y durante cuatro horas terribles, me persiguió el ruido de su respiracion fatigosa, esas hondas aspiraciones que parecen los largos sorbos de un náufrago, esos quejidos inconscientes, esos silbidos guturales que concluyen en estertor.

Se colocó su humilde cuerpo, demacrado y lijero como el de un niño de pocos años, en uno de los compartimentos de la proa, destinado á enfermería. La luz de la mañana, penetrando por el estrecho ventanillo donde alcanzaba algunas veces la espuma de las olas, besó su frente descarnada con un rayo de sol. Todo brillaba, todo era alegría, todo parecía un sarcasmo de la vida, ante la pequeñez y la humildad de aquel cadáver solitario. Llegaron las cuatro, hora destinada á la inhumacion de sus infantiles restos. La

campana del vapor llamaba á los pasajeros á la mesa. Una vela tendida en la puerta del estrecho camarote, velaba á las miradas profanas la triste ceremonia. El sacerdote de pié, conteniendo sus sollozos amargos, balbuceando sus oraciones que brotaban empapadas en llanto, la bendijo y la ungió con el agua bendita que llevaba en un frasco pequeño donde se hundía un gajo de laurel.

La humilde caja de pino estaba pronta para recibir los despojos. Dos tostados marineros levantaron el cuerpo amortajado y lo encerraron en ella, despues de haber colocado en su interior algunos trozos enmohecidos de hierro. Al levantar el blanco féretro hasta la barandilla del buque, tuvimos que sostener en nuestros brazos á su hermano desvanecido.

—*¡ Vamos !* dijo la voz del contramaestre. La caja mortuoria, fué lanzada al agua de golpe, sobrenadó un instante co-

mo la canastilla de Moisés, y se hundió, por fin, en el seno de aquel mar deslumbrante con quien ella tanto había soñado, en las plácidas mañanas en que el cielo se desplegaba como un pabellon de púrpura, y en las noches nebulosas en que parecía un manto fúnebre, tachonado por los clavos plateados de la inmensa Cruz del Sud.

LA

VUELTA DE LAS VIOLETAS

Ya vuelven á nosotros las bellas y humildes violetas. El cielo gris, plateado como una chapa metálica, la neblina matinal que envuelve todos los objetos como los velos impalpables de una gasa descolorida, la lluvia fria que cae como las lágrimas de cera de los cirios amarillentos, — son los tristes acompañantes de las flores modestas y graciosas.

Una dulce melancolía, una sonrisa semidolorosa en un rostro juvenil, tal es el

espectáculo que presenta la creacion en esta época del año. Las hojas caen, como se pierden las primeras ilusiones de la infancia. En el fondo de los nidos ocultos, parece que las aves se estrechan para defenderse de las inclemencias del cielo. En el interior de los hogares felices, el amor se complace en la dulzura de las intimidades secretas. El mismo viento que marchita á las flores, enrojece las mejillas cándidas de los niños ó mata como el filo de una cuchilla.

La laxitud voluptuosa de los cálidos dias inundados de luz y de calor, dá lugar á la agitacion activa del movimiento y de la vida. La sangre que se arrastraba lentamente en las venas empobrecidas, circula con ardor como una sávia generosa. La vida mundanal ensaya sus intrigas eternas, sus pasiones cortesanas, sus banalidades pomposas.

En estos dias melancólicos, se busca

instintivamente el rincon de la chimenea en que relumbran los carbones rojizos ó las llamas de los troncos de leña encendida girando y revoloteando, achicándose y elevándose de pronto como el baile fantástico de las salamandras. Los volúmenes, alineados en los estantes, como las compañías de un regimiento prusiano, con el brillo de sus encuadernaciones azules ó rojas, blancas ó multicolores, parecen llamarnos é invitarnos á permanecer en el hogar tranquilo, oyendo el monótono silbido del viento y filosofando como un héroe de Hoffman, aquel gato Murr, el Platon de los Angoras, que roncaba al lado de las cenizas calientes, absorbido en no se sabe qué sueños y divagaciones de metafísica trascendental. Una dulce somnolencia invade el pensamiento y acaricia el cuerpo que se encorva y se encoje en una especie de voluptuosidad suave. Se dejan los viejos tratados que reclaman

la atencion y se busca refugio en alguno de esos libros, releidos mil veces, con sus páginas maculadas por la señal de los dedos, en cualquiera de los poetas queridos, que parecen hacer chispear en sus estrofas las gavillas doradas de los rayos del sol de la primavera. Entónces se piensa en el pasado, en la niñez lejana, en las largas y libres correrías á través de los campos y las montañas natales, en las heroinas que apasionaban nuestra infancia, en la vieja escuela de paredes blanqueadas, con su pizarra negra surcada en mil sentidos por las líneas de la tiza, sus mapas de Appleton de matices variados, y los cuadros ingleses, descoloridos por el uso, en que, al lado de los cubos y las pesas del sistema métrico, nos admiraba un cuerpo desollado, con sus venas azuladas y las cuerdas tirantes de sus músculos enérgicos.

De cuando en cuando, el tomo de Sha-

kespeare ó Voltaire se nos cae de las manos, y olvidamos un momento el idilio de Julieta ó las tribulaciones de Zadig en lucha con su destino. Es que una ráfaga más fuerte ha sacudido los cristales, ó el carbon se ha cubierto con una blanca peluza de ceniza. Entónces, miramos de nuevo el cielo ennegrecido, el impalpable vapor de los páramos que se disuelven, el lodo espeso y mefítico de las calles resbalozas, y pensamos en la lucha eterna que ata nuestra brazo al yunque de la labor diaria para hacernos ganar el pan «con el sudor de nuestra frente», cumpliendo la cruel sentencia bíblica!

Por la noche, la vida hierve y la actividad se multiplica. En las aceras bañadas por la luz de los escaparates resplandecientes, se aglomera una multitud compacta; las mujeres, envueltas en sus tapados elegantes, dejan adivinar vagamente los contornos de sus cuerpos esculturales;

la tez satinada y tersa de los rostros juveniles, encuadrada en las pieles oscuras ó deslumbrantes, resalta con morbideces voluptuosas y diáfanas transparencias. En los vastos coliseos, una atmósfera cálida, cargada con la emanacion de mil vagos perfumes, nos acaricia como una mano enamorada. Entre el centelleo de las joyas chispeantes, entre los colores artísticos de los trajes y la blancura de las espaldas desnudas, la imaginacion vencida por invisibles arrullos, se marea en un vértigo pasajero de formas redondeadas, y de plásticos y voluptuosos contornos.

¡Ah! la vuelta de las violetas azuladas, es tambien la señal de la reagravacion de los males de la pobreza. Los harapos cubren mal la desnudez de las carnes de los miserables. Y mientras en las regias mansiones resuena el estruendo de las fiestas alegres, en los umbrales de los templos, en las calles tenebrosas, en las

encrucijadas oscuras, el ódio ciego de los elementos adversos siembran la destruccion y la muerte.

Dolor y llanto, luces y tinieblas, amargura y contento, — la eterna antítesis del corazon y de la vida, — todo eso señala la vuelta de las violetas.

MÚSICA AMBULANTE

Dante, al describir en la *Divina Comedia* los tormentos de los condenados, ha olvidado una de las torturas más crueles que pueden aflijir á la pobre humanidad. El viejo Gibelino, no vivía, en la Atenas del Plata, ni escribía los acerados tercetos de su sublime trilogia, oyendo constantemente el chapaleteo de notas ébrias y cancaneras del implacable organillo que nos taladra los oidos como un barreno cargado de dinamita, á nosotros pobres é incautos vecinos de la gran capital del Sud.

El napolitano sanguinario que se prende al manubrio del organillo como un gaucho famélico al pezon enflaquecido de la lechera, —es digno rival de aquellos crueles sayones del Santo Oficio que caldeaban las tenazas, preparaban los borceguíes, y arreglaban los embudos, relamiéndose los lábios ante la perspectiva del martirio, y retorciendo con voluptuosidad sus ojos de basilisco, amarillos y redondos como dos huevos duros, al ver á las víctimas llorosas y enflaquecidas, avanzar temblando con los lábios trémulos y los músculos flojos como las duelas de una media pipa vacía.

Al principio, las notas chillonas, metálicas, impertinentes y zandungueras, se escapan del instrumento destemplado, para clavarse en los tímpanos desprevenidos como abejas interrumpidas en la árdua elaboracion del panal. Una especie de cansancio prematuro dá una lentitud ame-

nazante á los movimientos de la mano homicida. Los cantos más populares de la milonga criolla, ese nocturno de Chopin del grémio interesante de los carniceros de melena encrespada y pañuelo de seda en el pescuezo; las divagaciones musicales de la gente de color, la *crême de la crême* del guarangaje activo,—palidecen y se eclipsan ante los caprichos melódicos, las testarudeces y las compadradas del organillo rebelde que goza con quebrantar las leyes más rudimentarias de la armonía. Para este aparato odioso, cargado en todos sus tubos como una ametralladora Nordenfelt, la música permanece en el estado medieval y primitivo de la época de Guy d'Arezzo. Una bolsa de hierros viejos sacudida por una mano infantil, una lata de kerosene atada á la cola de un gato, con una gruesa de cohetes encendida, pueden reemplazarlo con ventaja. Destinado por la naturaleza á produ-

5

cir ruidos más ó menos intensos, en la órbita modesta de sus funciones, se encuentra en el nivel del *tam-tam* africano, de la matraca de Semana Santa, ó de la gaita de féria pastoril inflada con conviccion por algun campesino de pulmones apopléticos como fuelles de frágua.

Y al compás saltarín de esa musiquita canalla, todo un poema cómico danza en la imaginacion, como las salamandras fantásticas en las llamas de una hoguera. Las notas se atropellán, juegan el escondite, se esquivan y se hacen pitos, se ponen colas de papel, se sacan la lengua y se levantan las faldas como las bailarinas escuálidas de los cafées conciertos sobre el tablado polvoroso de un escenario pornográfico. Se permiten las bromas del peor género posible, se burlan en un lenguaje de rabaneras, y, por último, como una de las heroínas del *Germinal* se insultan exhibiendo esas redondeces ocultas

que Zola no tiene reparo en nombrar con pelos y señales. Una alegría intensa las arrebata y las emborracha como á muchachos de escuela, puestos en libertad por enfermedad del pedagogo detestado. Se entregan al libertinaje desenfrenado de la licencia y arrojan los hábitos del seminarista para colgarse los cascabeles de la locura, y permitirse todos los excesos de la libertad.

El napolitano gozoso les trasmite la sávia de su vitalidad mercantilista. Huelen á salame, á salchichon genovés y á vino carlon farmacéuticamente preparado por un pulpero de los arrabales, y nada iguala su júbilo y su entusiasmo á no ser la íntima felicidad del organista que siente que le retoza en el vientre uno de esos atracones pantagruélicos que hacen indispensables el uso del estopin para aliviar las entrañas congestionadas por una carga de á seiscientos.

Pero, poco á poco el entusiasmo decae, el verdugo se fatiga, una dulce somnolencia de digestion corcoveadora lo hipnotiza y lo deja estático como un contemplador indiferente. Las notas lagrimean, bostezan, dan cabezadas, caen lentas, monótonas y opiadas como la cera de los cirios de una iglesia de aldea. Un viento helado de fastidio, de tristeza y de amargura infinita, se revela en el incomparable desagrado de la carraca displicente. La música se convierte en pesadilla, zumba en el oido como una de esas moscas gruesas, pegajosas y repugnantes que nos atosigan y nos marean con su estrategia maquiavélica; y el napolitano se sumerje en fúnebres pensamientos, recordando alguna Giacumina casquivana que lo eligió por macho cabrío propiciatorio, mientras el órgano resfriado produce en el organismo un efecto semejante á las convulsivas contracciones del hipo.

La cera con que en la *Odisea* se tapan los oidos los compañeros de Ulises por no oir el éco de las sirenas, es débil defensa contra el enemigo que nos ha declarado una guerra sin cuartel. Su canto de chicharra nos embrutece, nos persigue á todas horas del dia; y en los momentos del reposo parece que palpita en nuestros oidos como una obsecion dominadora. Las semanas pasan, los meses y los años se suceden, y el napolitano pegado al manubrio maldito va tomando, poco á poco, en nuestra imaginacion los contornos de un héroe fantástico de Hoffman. Abatidos por esta fatalidad brutal, enclavados en este potro de tormento, nuestra voz débil no hubiera tenido fuerzas para levantar este grito de protesta y esta plegaria, si una esperanza suprema no viniera á iluminarnos como un destello de lo alto. Si, tal vez, el cielo se apiade de nosotros y enviando una lluvia de micro-

bios al ejecutor tenaz, lo conducirá á la casa de aislamiento, divorciado por algun tiempo del organillo de sus amores, instrumento inquisitorial de nuestro suplicio.

VIUDA

Un año despues de su matrimonio cayó enfermo su marido. Una languidez profunda, un agotamiento de todas las fuerzas vitales, lo encorvaban como un anciano decrépito. En las largas noches de insomnio, la fiebre enrojecía sus pómulos y la respiracion fatigosa de su pecho estenuado, parecía el ruido sordo del viento que se abisma en una caverna. Sus amigos, solícitos al principio, comenzaron á alejarse de él, poco á poco. Una nube de indiferencia y olvido cubrió los últimos

momentos de su agonía. La mirada fija y vidriosa de sus ojos apagados, se fijaba con insistencia en el rostro de su esposa. Se hubiera dicho que deseaba grabar en sus pupilas la imágen adorada para hacerla su compañera de la eternidad. El espacio resplandecía; la primavera sembraba la tierra de tesoros, y los rayos del sol, cayendo sobre la naturaleza como una lluvia fecundante, llevaban á todas partes el esplendor de la vida. ¡ Qué horribles fueron las angustias de la pobre abandonada, cuando estrechó en sus brazos aquel cuerpo inanimado! ¿ Donde estaba esa justicia divina, ese poder providencial, que así le arrancaba de pronto á traicion, la parte más dulce de su existencia? Sus sollozos profundos parecían despedazar su pecho comprimido. Se estrellaba contra el enigma fatal é indescifrable, y sedienta de reposo, caía despues de la fiebre de su rebelion sagrada, en el de-

saliento cobarde de las almas vencidas por el dolor y la muerte !...



Recordaba aquellas horas llenas de risueñas embriagueces en que juntos se abandonaban á todos los caprichos de la pasion. Sus primeras caricias, evocadas por la fidelidad de su memoria, hacían correr por sus venas un escalofrio voluptuoso. ¡ Ah ! ella lo había amado verdaderamente con todo el ardor de su virginidad, con toda la pureza de sus primeras sensaciones ! Permanecía durante largas horas de soledad, en su pequeño tocador, entregada á sus sueños y sus pesares, con el pensamiento fijo en los dulces meses de su union feliz. Reclinada en un ancho y suave divan, levantaba la vista y contemplaba el retrato de su amigo ausente que

velaba sobre ella como un eterno testigo de su dolor. Y las horas pasaban, los dias y los meses iban cayendo, uno por uno, en el abismo insondable, como las hojas de un árbol, quemado por las escarchas del invierno.



Algunas veces se contemplaba en el espejo. Aquel aire de tristeza, esparcido como una bruma ténue, en su fisonomía, aumentaba el encanto indefinible de su rostro juvenil. La tela severa de su traje de luto, modelaba y ceñía los contornos de sus formas esculturales. Sus cabellos negros resaltaban sobre la mate palidez de su frente marmórea ; y el brillo de sus ojos parecía el reflejo de la llama interior que ardía en el santuario de sus difuntos amores.

A la hora del reposo, antes de penetrar en su lecho solitario, contemplaba melancólica, las bellezas ocultas de su cuerpo. Su mirada se fijaba distraida, al desatar las cintas de su corsé, en aquel seno de líneas mórbidas y puras; en aquellos piés diminutos que entraban perezosos en sus chinelas como dos aves friolentas en su nido dulce y mullido; en aquellos brazos que coronaban su cabeza al desatar sobre sus hombros la cascada de sus cabellos; en aquella piel satinada y tersa como la seda, cubierta de una invisible pelusa de fruta madura.

Una vaga sonrisa, borrada casi al tiempo de aparecer, se deslizaba sobre sus labios como el sóplo de un beso. Despues, se arrebujaba con fruicion debajo de las sábanas frias que parecían calmar sus sentidos despiertos por la vision tenaz del pasado, y su imaginacion flotaba soño-

lienta en el mundo encantado de los ideales.



Sus antiguas relaciones la visitaban de tarde en tarde. Al principio, finjiendo una pena que no sentían, le prodigaban palabras de cariño. Luego, la imágen de su marido fué borrándose, poco á poco, de las conversaciones y solo parecía vivir, eternamente jóven, en la tela que conservaba sus rasgos. Ella iba desgarrando con lentitud el sudario que había envuelto sus íntimas amarguras. Escuchaba complacida la conversacion de uno de los mejores compañeros de su pobre y eterno ausente, y el timbre de su acento varonil hacía vibrar las fibras más recónditas de su alma. Una símpatia irresistible la esclavizaba á su lado, llena de vagas ternuras. ¿Acaso no le hablaba del único sueño

de su vida, de ese mundo donde se encuentran las almas desvinculadas por la muerte? ¿Acaso no la confortaba, exhortándola á la esperanza y á la resignacion, al hacerla sentir la inutilidad de sus lágrimas eternas?... Juventud, belleza, amor... ¡ Cuántas májicas palabras henchidas de promesas de ventura! La sangre hervía en sus venas y embriagaba su cerebro como el perfume de un licor añejo. Tenía ánsia de amar y de desplegarse al aire libre, á la luz cruda del sol, á la faz de la naturaleza, cómplice de los sobresaltos de su sexo; quería romper de una vez por todas la cárcel del sentimiento estéril en que se ahogaba!



La noche había llegado; una noche de verano, tranquila y perfumada. En las

profundidades del éter azulado, todas las estrellas resplandecían con una claridad incomparable. El perfume de las flores del jardin, penetraba por las abiertas ventanas de su tocador, y exacerbaba sus nervios vibrantes y temblorosos. El, sentado, junto á ella, sobre el mullido divan, oprimía sus manos trémulas y deslizaba en su oido palabras que pasaban sobre su rostro como una llamarada. Sus ojos se entornaban á medias, su seno agitado levantaba acompasadamente la tela ceñida de su corpiño. Sus lábios entreabiertos se movían, á despecho suyo, balbuceando palabras incoherentes. Al desfallecer en brazos de su amante, al recibir aquellos besos de que estaba sedienta, sus ojos se dilataron en un espasmo supremo, y en la vaga penumbra del tocador, encima de su cabeza cubierta de cabellos en desórden, le pareció leer en los ojos de aquel retrato desdeñado, un mudo pero solemne

reproche! Y cuando el vértigo pasó, al encontrarse sola y quebrantada por el cansancio, al cerrar los ojos en su lecho nuevamente solitario, una figura sombría veló toda la noche junto á su cabecera. Temblorosa y aterrada, sin atreverse á abrir los ojos en la oscuridad, como subyugada por la presencia invisible de un vengador, sintió la más cruel de las torturas, la más honda de las angustias. Ella, traidora al culto de su amor primero, se había desposado desde aquella noche con el Remordimiento implacable, que debía acompañarla hasta recoger el último soplo de la vida sobre sus lábios pecadores!

UNA LIMOSNA

Todas las noches, con su pequeño violin debajo del brazo, se encaminaba hácia el centro de la ciudad. Tenia diez años; y en su tez pálida y terrosa, en sus ojos hundidos en la cavidad de dos órbitas profundas, revelaba una precocidad enfermiza de tristeza y de dolor. Se colocaba á la puerta de un café, alumbrada por los globos blanquecinos de dos mecheros intensos, y, con la espalda apoyada en el helado mármol del friso, afinaba durante un instante su discorde instrumento. Una

voz dulce y trémula lo arrancaba á su preocupacion. Una pequeña florista, niña como él, débil y marchita por el hálito de la miseria, con su pobre canastilla en la mano y un raido traje cubriendo sus formas endebles, le dirijía un saludo familiar y se colocaba á su vez del otro lado de la entrada. De tarde en tarde, aquellos desheredados de la fortuna cambiaban espresiones de cariño. El pequeño violinista contemplaba con mezcla de asombro y de placer, los ramilletes ajados, esas tristes flores que se doblegaban como rendidas de cansancio, sin tener fuerza para exhalar un perfume; y la niña dejaba vagar su imaginacion poblada de dulces quimeras, al compás de las notas quejumbrosas del violin, que parecían referirle historias de hadas y de gnomos, de enanos y jigantes, de amor y de riqueza!

Soñaban, estendiendo, el uno, su gorra para recibir la ofrenda del transeunte, y brindando, la otra, sus flores, con infantil timidez. ¡Ah! cuánto dolor en su corta existencia! Recordaban el hogar humilde de sus padres, algo como el suave calor de un beso sobre la frente y una caricia maternal. Despues, todo era sombra á su alrededor. Galeotes de la miseria, sus carnes amoratadas estaban acostumbradas al látigo de su verdugo. Era necesario regresar al antro infecto llevando un puñado de monedas. En las noches de invierno en que la ganancia mermaba, su dueño los azotaba sin piedad. A su lado, confundidos en un monton informe, otros párias iguales á ellos, sufrían el rigor de su destino inplacable. Un puñado de paja les servía de lecho en la húmeda cueva donde dormían. Algunas veces su sueño era turbado de pronto por llantos y quejidos angustiosos. Con el pelo erizado y

conteniendo el aliento, arrebujándose instintivamente debajo de los sucios harapos que les servían de abrigo, escuchaban con avidez. Poco despues el ruido cesaba; pero, durante la noche, vibraba en sus oidos el éco de un sollozo desgarrador, ahogado por el terror y el desfallecimiento.



Aquella noche de invierno nadie se detenía, nadie escuchaba el llamamiento de los niños. El violinista habia llegado más temprano, y en las primeras horas de la tarde, había recogido algunas monedas. Una lluvia fría y penetrante caía desde el cielo como un manto fúnebre. Todos los objetos estaban envueltos y como borrados en medio de una bruma pegajosa, espesa, que apenas cortaban las luces de los faroles y la claridad de los escaparates

iluminados á giorno. El movimiento de la gran capital parecía aletargado. Alguno que otro calavera reincidente, se aventuraba, amurallado en su abrigo de pieles en aquella atmósfera glacial. Todos pasaban de largo sin hacer caso de la súplica humilde que brotaba á sus espaldas. El viento gemía lúgubremente y al sacudir los hilos del teléfono que vibraban como una arpa eólica, arrancaba de ellos acentos lúgubres, gritos inconscientes pero terribles, desgarramientos intensos de todas las fibras sensibles, estertores de una agonía solitaria que pasaba sobre la tierra como llorando los males de la humanidad y los crímenes del hombre!



Habia llegado la hora de regresar. La niña lloraba tiritando de hambre y de frío.

El pequeño violinista la contempló en silencio. Despues, conteniendo las lágrimas que asomaban á sus ojos, pugnando por dar firmeza á su acento, lentamente se acercó á ella.—«¡Toma!» la dijo, poniendo en sus manos su colecta de la noche. Una llama de alegría y de reconocimiento brilló en los ojos de la pobre ramilletera. Sus dedos crispados estrujaron el pequeño tesoro con ávido apresuramiento.—«Pero, ¿y tú?» preguntó en seguida.—«No pienses en mí: soy un hombre y estoy acostumbrado al castigo. Vete, vete pronto: la noche es terrible. Acuérdate de mí!» Ninguna palabra más brotó de sus labios. Un impulso instintivo unió á esos dos séres igualmente tristes en un abrazo comun, y sus labios se unieron en un beso puro como sus almas y santo como su desgracia...

❦

Quedó solo, y meditó con horror en su destino. La imágen del tirano que lo martirizaba se presentó ante su imaginacion, sangrienta y vengadora. La lluvia implacable se complacía en azotar sus miembros medio desnudos. Los anchos mecheros de la entrada habían sido apagados. La oscuridad y la sombra cayeron sobre él como un sudario. El gemido lastimero del viento se unía al silbido de los agentes policiales, erguidos como sombras en sus capotes de invierno, con la capucha cayendo sobre la frente. Una angustia insoportable estrujaba su corazon. La fiebre del dolor impulsó sus pasos á la ventura. La tempestad desencadenada en el espacio parecía mofarse de ese pobre niño que se empeñaba en vivir. Al fin, se doblegó

rendído de cansancio y de debilidad. El rumor del huracan arrulló sus últimos instantes, y los rayos friolentos de una aurora tardía, alumbraron su cuerpo amoratado y bendijeron su frente pálida donde caían algunos mechones de cabellos rubios. A su lado el viejo violin, su único compañero, reposaba en el suelo con las cuerdas rotas, manchado por el agua y el fango de las calles tenebrosas!

SIN MISA

La suspension de la clásica misa del gallo, desconcierta á una gran parte de nuestro público. Ese acontecimiento feliz, que se repite año por año, y es esperado con generosa impaciencia por un ejército de beatas, un regimiento de sirvientitas coquetas, y un escuadron de muchachos alegres, constituye una de las más amenas funciones que señala el calendario. La misa del gallo es un lugar propicio para emboscadas amorosas, y un teatro fácil de conquistas clandestinas. Tiene un vago

perfume de calaverada, pues nadie sin un pequeño aire de diablura, piensa en trasnochar y elevar plegarias al Dios católico, á una hora en que los más empedernidos mundanos empalidecen delante de una mesa de *baccará ;* hora del amor liviano y de las cenas en gabinete particular, con la artista á la moda, á la luz de los candelabros brillantes y al amor de una botella de Pommery *frappé.*



La misa del gallo tiene, por esta circunstancia, la particularidad de atraer hasta á los más infieles de la grey de ovejas descarriadas, que sin pensar mayormente en los dogmas de la religion, sigue el camino trazado é imita á sus compañeros con la plácida filosofía y la inconsciencia metódica y reglamentada de los

carneros de Panurgo. Desde temprano, se hacen preparativos para la fiesta nocturna. Los más chicos, arreglan la coleccion de agujas enhebradas con hilo blanco, que servirá para hilvanar los vestidos de las feligreses; se echan al bolsillo del chaleco la barra de tinta china que, untada en la concha del agua bendita, transformará en pinceles los dedos huesosos de las hermanas que usan el hábito de algun voto inoportuno; alguno más audaz que sus compinches, da caza al gato de la familia que se encargará de interrumpir la gravedad mística del recinto con algun mahullido largo como un bostezo de fraile, provocado por un pellizco traidor, propinado en la sombra, al simpático cuadrúpedo que Gautier llamaba « el tigre de los pobres diablos ».

Pero, donde se produce una verdadera revolucion, al aproximarse la misa, es en la servidumbre de las casas piadosas. Desde temprano, están almidonadas y tiesas como la casulla de un abad, las enaguas de las chinitas que se proponen tener un momento de espansion y de abandono con todos los galanes del barrio, mordiendo con el diente venenoso de los celos, el corazon tétrico del mayoral de tramway que al pasar les arroja piropos incendiarios, y acordando sus favores al muchacho del almacen de la esquina, un galleguito rechoncho y zafado como una urraca, que abandona por unas horas el monton de harapos que le sirve de nido en la trastienda, entre una barrica de azúcar y una bordalesa de carlon, para

entregarse á los delirios de una galantería estrepitosa.



Los perfumes de Guerlain, oportunamente sustraidos á las niñas de la casa, se mezclan en los trabajos complicados de la toilette minuciosa, con el ácre olor del aceite de almendras que da lustre al cabello, y los persistentes efluvios del pachoulí que tratan en vano de apagar la huella del jabon amarillo que, desde Maritornes hasta nosotros, da blancura y nitidez á la piel escabrosa de la *gentry* de ante-cámara. Una vez obtenida la licencia correspondiente, la banda gozosa, bajo la direccion de una cocinera matrona, chata y redonda como un mapamundi, se pone en marcha hácia el templo más lejano, con el objeto de participar del mayor

número de escaramuzas posibles, en el trayecto recorrido, con los donjuanes de suburbio que asaltan á las púdicas paseantes, y las arrullan con sus requiebros de alcohol de cuarenta grados.



La verdadera batalla tiene lugar en la puerta de la iglesia. Los concurrentes, de una diversidad infinita, se aglomeran impidiendo el paso. Es necesario romper como un ariete aquella muralla de carne. La matrona echa por delante á su rebaño y la accion se inicia con un vibrante : — « Con permiso de usted ! » — Las chinitas valerosas, con el instinto guerrero de su raza, se arrojan á cuerpo perdido en la refriega. Las sombras de la noche cubren los detalles y las escenas de heroismo que tienen lugar durante aquel paso herizado

de peligros. No se oyen sinó alientos entrecortados, esclamaciones ahogadas, protestas confusas, y de cuando en cuando, una palabra de pasion, que estalla como un cartucho de dinamita. Las manos se estravían en un libertinaje de contactos y en una fiebre de movimiento. Las amazonas agredidas se debaten gloriosamente entre un grupo de vándalos enternecidos y dulces como el turron; manotazo á este, reto al de más allá, todo mezclado con carcajadas reprimidas y el secreto placer de la victoria, eso es lo único que se adivina allí! Por fin, la compañía pasa, pero ¡ay! magullada, estrujada, con el corpiño arrugado y las enaguas crujientes, convertidas en débiles hojas de papel de estraza.

Una vez dentro del recinto asaltado, empiezan las miradas á derecha é izquierda, las sonrisas al galleguito paquete, los cuchicheos de las chinitas entre sí y los frecuentes secretos con la cocinera mula-

ta, que alienta y cobija bajo su amparo maternal, todo ese juego de galantería nocturna que causa numerosas víctimas entre los galanes alineados en las naves laterales. Lo menos que se piensa allí es de Dios y de los misterios del culto. Desde el monaguillo hipnotizado por el embrutecimiento, que masca el latin culinario de su réplicas al oficiante, hasta la más primorosa y elegante hermana de María, que, acompañada de su mamá, se hace aire con un abanico de encajes, todo el mundo se siente invadido por una tentacion que circula de cuerpo en cuerpo como una corriente eléctrica. Una especie de dulzura íntima dá mayor atractivo á la belleza y llena de locas ideas de amor y de placer, las cabezas de veinte años. Los billetitos amorosos, deslizados á la salida, se ocultan en las páginas del lujoso libro de oraciones. No son los Apóstoles pensativos, ni los Ascetas de-

macrados de la iglesia primitiva, los que presiden la ceremonia mística. Es algun Dios pagano, algun Eros, ávido de besos y de caricias, que enciende con su aliento las venas juveniles y canta en los oidos trémulos de la belleza los himnos cadenciosos de Romeo, las ardientes y profundas esplosiones de la pasion de Abelardo!

NO MÁS FÉRETROS...

El aparato sombrío de la muerte, está á punto de perder sus más terribles accesorios. El carro fúnebre, con sus cocheros negros, con los móviles penachos que cabecean tristemente en los ángulos del tétrico vehículo, la larga fila de carruajes, más ó menos anticuados, que conduce al cementerio á una concurrencia, más ó menos distraida; la bajada del féretro y el responso gangoso del capellan soñoliento que deja caer su oracion fria, con la misma indiferencia con que cae el agua ben-

dita del hisopo; y, por último, esa eterna despedida de los que parten, ese adios egoista de los que enparedan el cuerpo muerto y salen de la necrópolis silenciosa, á mezclarse de nuevo á la agitacion de la vida, á tomar su asiento en el festin humano,—toda esa lúgubre sucesion de escenas que hielan la médula de los huesos, va á ser sustituida en breve por una nueva forma de la ceremonia final.

La llama purificadora se apoderará de la materia descompuesta y la reducirá á un puñado de blancas cenizas. En la hoguera voraz se borrarán las impurezas y las gangrenas de la carne. El espíritu, desprendido de la materia inerte, tenderá sus alas hácia el espacio infinito. El cadáver dejará de ser un pedazo infecto de corrupcion, un hacinamiento informe de organismos repugnantes. No asistiremos con el pensamiento á esa lenta desorganizacion que se opera en el misterio del ni-

cho, ese hundimiento de las cavidades oculares, ese descarnamiento de las mejillas, esos girones pútridos que se desprenden de los huesos carcomidos, — cuadro de supremo horror, espectáculo de crueldad opresora, que estremece la vista y nubla la frente del pensador. La idea de la muerte perderá, así, el cortejo de miserias de que se presenta acompañada. Será una amiga, una consoladora, un dulce refugio para los mártires anónimos. No revoloteará ante nuestros ojos espantados, en las noches tenebrosas, enlazándonos con sus brazos de esqueleto, rozando nuestros labios con la encías roídas de su calavera. No sentiremos en nuestras carnes el húmedo beso del gusano, ni pensaremos en el lecho duro del féretro, y en la soledad eterna de la cárcel del sepulcro.

❦

La exaltacion mística de los primeros cristianos, ha legado á la humanidad este nuevo pensamiento que aterra. El cadáver impone como un organismo roto, como una máquina reventada, como un autómata cuyo resorte oculto ha sido despedazado por una mano traidora. Pensad en la ferocidad de esta idea y encontrareis la razon del temor á la muerte: dentro de doce horas, este cadáver se inchará bajo el influjo de los vapores malsanos de la putrefaccion, sus ojos vidriosos perderán el brillo que los anima todavía, como un último reflejo de la vida, y se ahogarán en un liquido repugnante, sus formas se esfumarán, perderán sus contornos mórbidos, y un olor acre se desprenderá de aquel monton de materia que empezará á

vivir con una nueva vitalidad, enjendrando sus propios devoradores, siendo cuna de mil verdugos micróspicos entregados á los delirios de una orgía de destruccion.

No es, no, la idea moral, sinó la idea física de la muerte, la que inspira tan áspero sublevamiento de la intelijencia, tan ruda rebelion del espíritu. ¿Qué importa un más allá discutible, una supervivencia problemática, ante la realidad innegable y atroz? El amor, el ódio, la locura misma, se apagan ante el cuerpo descompuesto. Juana la Loca pasea el féretro de su marido, pero es amparada por una ráfaga de sublime demencia, engañada por un miraje brillante bajo cuyo prisma lo vé en la tumba igual á como estaba en la vida, vela su sueño como si fuera á despertar de pronto, se detiene en el campo sobre la nieve que entume sus miembros, tal como la ha representado el pincel del génio, devorada por los celos, sin querer pene-

trar á un viejo monasterio, porque en él se asilan otras mujeres que van á robarle quiza el cariño de su amado. Francisco de Borja, duque de Gandía, se convierte á la religion y viste el hábito del monje, al hacer abrir el cajon que encierra el cadáver de su reina adorada. Danton, por último, aguijoneado por una curiosidad horrible, devorado por una ambicion neurótica, penetra á la bóveda donde yace su esposa muerta ocho dias antes, para tener una entrevista póstuma con la que fué la pasion suprema de su vida! Al salir á la luz, al respirar una vez más el aire puro de los campos natales, lleva en su frente contraida la lividez de lo irreparable!...



La hoguera que consumirá el cuerpo muerto, hará, pues, una accion noble

quitando á la muerte su aspecto horroroso. De hoy en adelante iremos á calentar en la llama brillante nuestros miembros ateridos, como los pastores se agrupan en torno de los fuegos campestres. La calavera dejará de ser una perpétua ironía de todas nuestras luchas, una eterna negacion de todos nuestros esfuerzos. El esqueleto no nos dirá, mostrándonos su delgadez y el grasiento descarne de sus huesos desgonzados: *Memento homo!* La danza macabra suspenderá sus giros vertiginosos en las imaginaciones enfermizas que sufren el vértigo del ideal.

Las fantasías necrológicas de Callot y las caricaturas lúgubres de Holbein, las divagaciones solitarias de los ascetas hundidos en el fondo de una gruta con la Biblia y el cráneo,—serán sustituidos por otros cuadros llenos de animacion y de alegría, de entusiasmo y de fé. No tendremos la obcesion de la tumba como

Gautier, no oiremos la conversacion de la novia y el gusano, ese largo lamento que concluye por hacer pasar sobre nuestras frentes un aletazo de locura. Las páginas más tétricas de Edgard Poé; las visiones más aterradoras de Baudelaire, los *de profundis* más desencajados de Rollinat, en cuya poesía se respira el vaho de la fosa comun, todas estas larvas envenenadas de la musa funeraria, dejarán de atosigar nuestros sueños.

No asistiremos á los conciliábulos misteriosos de los muertos que, en la media noche, se sientan sobre las lápidas heladas, para referirse su historia. No veremos, como en la balada de Heine, al monje que evoca el cuerpo de la amada difunta, y, al tenerla en sus brazos, la contempla y calla. No hará coro á los latidos de nuestro corazon el galope siniestro del fúnebre caballo que arrastra á Leonora y al esqueleto de su prometido.

Desaparecerán los duendes y los trasgos, que en las leyendas orientales visitan los túmulos en busca de alimento. Nos disiparemos en humo, devolveremos á la madre naturaleza y al inmenso todo, los elementos con que amasó nuestra carne. No habrá ya vampiros que, como en la Iliria, se escapen de la huesa para chupar la sangre de los recien nacidos, hasta ser sorprendidos y vueltos á enterrar con el filo de un estoque á través del corazon!...

LUZ Y FLORES

¡Luz! esa es nuestra aspiracion suprema, nuestro anhelo incesante, nuestra vision perseguida! Goëthe la pedía al sentir sobre su frente las alas del ángel pálido de la muerte; nosotros la pedimos para la vida, para la gloria, para la virtud!

Arrojados en el misterio, saliendo de la sombra, con el gérmen de todas las maldades y todos los vicios, espíritus estraviados que no consiguen descorrer un solo pliegue de la verdad infinita, levantamos nuestra mirada al cielo para recibir el bau-

tismo de la Luz que es el bautismo de la esperanza.

La naturaleza entera palpita alborozada cuando la envuelve en su ondas centellantes. El arco iris despliega en el azul empañado del firmamento la estela de sus vívidos resplandores.

Tiñe á las nubes de carmin, disipa las nieblas matutinas, suelta su cabellera dorada y parece un incendio reflejado en la superficie del lago.

Las fuentes hierven y las auras lisonjeras acarician las ramas soñolientas de los sauces; los árboles se sacuden gozosos dejando caer sus más límpidas perlas de rocío; el prado le ofrece su verde tapiz de yerba y las aves le entonan el himno de la bienvenida contemplando sus primeros destellos, tímidos como la inocencia y brillantes como la virtud.

Ella adelanta, sin embargo, derramando el calor y la vida, con pasos trémulos como

los primeros de la novia que marcha al altar sagrado!

La luz es la compañera de la verdad y la amiga del infortunio. — Todas las almas melancólicas necesitan bañarse en su destello y aspirar sus resplandores para no doblarse sin fuerza, como el arbusto tronchado por la tormenta.

La sombra parece estender sobre nuestra almas el velo de la implacable tristeza. Abre las fuentes de la ternura y oprime el corazon como una lápida mortuoria!

La luz es la alegría. La sombra es el dolor. La luz es la juventud con su aureola de centellas; la sombra es la imágen de la muerte, que nos arroja al olvido y esparce nuestros recuerdos como el viento las hojas que ha desprendido el otoño!

La luz corona la frente de la blanca Vénus que muestra sus contornos voluptuosos bañados con la espuma del mar. La sombra despierta el mundo fantástico de las

brujas y los gnomos, empuja á Yágo á la accion ó hace cruzar á Macbeth queriendo borrar de sus manos la huella indeleble del crímen!

La imaginacion fecunda de los helenos, ha simbolizado admirablemente á la luz en ese bello Apolo que lleva la aljaba en una mano y deja ondear al viento su cabellera rubia y flotante.

Miradlo adelantar sobre un carro que las Horas han preparado, arrastrado por cuatro corceles en medio de esplosiones de claridad que revolotean en torno de su cabeza, mientras la Aurora, su hija de dedos rosados, le abre las puertas del Oriente.

El solo, cruzando el éter impalpable sobre ruedas inflamadas, dispersa la claridad. Nadie pueden ocupar su puesto ó el mundo estremecido estalla en un incendio aterrador. La verdad aplastando la mentira, la inocencia triunfando del vicio, estarán siempre representados en la imá-

gen de Apolo venciendo á la Serpiente Pithon.

¿Hay algo más puro, más alegre, más hermoso que el Sol? Se despierta en el alba y sus rayos cariñosos juguetean en las hojas de los arboles y en el cristal de los lagos. Lucha con la sombra cuando el crepúsculo adelanta, como Jacob con el ángel del Señor, y se hunde magestuoso y sereno, envuelto en su manto de púrpura, como un rey destronado que marcha al suplicio.

Ilumina, fecundiza, inflama.

Allí se derrama en torrentes caudalosos, sobre el cristal movible de las aguas y el rio lo espera con amor para recibir la suave caricia de sus rayos; allá atraviesa las concavidades de las grutas, y sus flechas trazan figuras inquietas sobre el suelo cubierto de hojarasca.

El campo nos presenta sus galas. ¿Qué sería de él si el sol no lo alumbra-

ra, si la luz huyera de sus contornos?

El mundo nublado es como un rostro abatido.

Haced que la sonrisa despeje su ceño y tendreis armonía, vida y animacion. Haced que un rayo de sol, disuelto en impalpable lluvia de oro, caiga sobre la naturaleza y el agua parecerá sonreir, y los pájaros, esos poetas que cantan como nadie la belleza de las flores, os harán oir sus mejores gorjeos.

Los niños buscan el sol como las aves y las flores. Las corolas se inclinan pálidas y enfermas; uno solo de sus besos les devolverá el calor de la juventud y la exuberancia de la vida. Los niños gimen marchitos por los vientos emponzoñados de la vida; uno solo de sus rayos coloreará sus mejillas y dará vigor á su sangre empobrecida!

❧

La sublime poesía de la naturaleza ha inspirado arranques llenos de misticismo y de amor. Desde el fondo del valle que atravesamos en los primeros pasos de la vida, hasta la cumbre canosa de la montaña, las flores detienen nuestra mirada con sus vivos colores y embalsaman nuestro camino con sus emanaciones saludables.

Hay para el espíritu observador, una relacion estrecha entre el mundo físico y los fenómenos del corazon.

Las flores contempladas al resplandor esplendoroso de la aurora, parecen sacudir gozosas su diadema de rocío que brilla como la corona de una reina, herida por los rayos del sol. Hay en esa hora una fuerza misteriosa que se infiltra en nuestra conciencia, y nos hace palpitar con el

ardor de la vida que se desborda á nuestro alrededor. El mundo entero palpita como herido por un espíritu invisible. Parece que una llama rojiza descendiera sobre los mares, los arroyos, los árboles, los pájaros y las flores, como la lengua de fuego sobre la frente de los Apóstoles. Y cuando todos los colores de la alborada que se anuncia apenas en el confin del horizonte lejano, se funden en un incendio de rayos, las flores sacuden el letargo de la noche y se hamacan risueñas y coquetas cuando la brisa matutina acaricia sus hojas nacientes y les hace misteriosas confesiones.

¿Quién dirá que las flores no tiemblan cuando el crepúsculo arroja sobre el mundo sus velos tenebrosos y el cielo se pone una máscara de sombra? Aquellas gotas de rocío semejan lágrimas amargas; aquellas brisas ásperas que doblan sus tallos encantadores, parecen traerles el lejano

estertor del ave que encuentra su nido roto. Su perfume es más embriagador, pero ¡ay! quizás anuncia el próximo fin de esas pobres condenadas que despues de haber sufrido los ardores del sol del medio dia, tienen que abandonar sus hojas á la tierra que las llevará pálidas y amarillentas en alas de la brisa despiadada de la noche.

Las mujeres son hermanas de las flores. Todos estamos cansados de oir comparar los labios de una niña con las hojas de una rosa, aunque Lord Byron, esplotando la inversa, haya dicho no sabemos donde que las guindas parecen hechas con labios de mujeres bonitas.

No podemos contemplar uno de esos ángeles que apenas rozan la tierra con sus álas y desaparecen como una exhalacion en el cielo, sin pensar instintivamente en las pobres abandonadas del jardin y en la suerte que las espera.

Nacer, amar, morir; aspirar los primeros efluvios de la mañana rosada, sentirse conmovidas al contacto de un insecto lisongero que revolotea á su alrededor y les hace declaraciones amantes, y cuando esperan que la dicha anhelada abra ante ellas sus espléndidos celajes, sentirse heridas por una debilidad sin consuelo y espirar lloradas por el cielo y arrulladas por el arroyo que suspira.

¡Languidez! ¡amor! enfermedad de las flores y enfermedad de las almas! Sentimos tu veneno y tu sopor y no podemos arrancarnos de él; tratamos de buscar otro cielo, y una sonrisa ó una mirada nos encadenan á este páramo de muerte; nuestras ilusiones se pierden como los pétalos de la planta sencilla y los vientos del desengaño los esparcen por el mundo cuando aún están empapados con las lágrimas del recuerdo.

Las flores de la juventud se marchitan

á impulsos de la pasion desenfrenada. Son blancas como la inocencia y encantadoras como el amor; llevan en su seno el perfume de los primeros sueños de la vida y la espina de los primeros dolores. ¿Por qué pasan tan pronto y no vuelven jamás á encantar nuestras horas de agonía?...

El velo de Isis todavía cubre el rostro de la naturaleza, como el corazon de los hombres. Nuestro destino es oscuro, y nuestro camino pedregoso. ¡Felices, los que encuentran en él las flores del amor y de la dicha! ¡Felices los que se coronan de rosas en la primavera del alma y las conservan frescas y lozanas hasta que el sudario del invierno cae sobre el mundo adormecido como el paño fúnebre sobre la faz pálida de un cadáver!

Pero en el seno de tantas auroras ¡cuántas luces que se apagan! ¡y cuántas flores que espiran! El alma, lleva, como Jesús,

una corona de espinas, ocultas por las hojas de muchas flores risueñas, y las vá esparciendo en el camino de su existencia, como Ofelia arrojaba sobre la tumba de Hamlet, las pálidas margaritas y las enrojecidas rosas de su última diadema!

CARNAVAL

Se aproxima, sacudiendo los cascabeles de Rigoleto, el huésped alegre que nos hace su visita anual. Y, sin embargo, el Carnaval de nuestros dias está separado por un abismo de aquellas primitivas costumbres cuyo recuerdo se conserva en la historia, y que empezando por los juegos públicos de la Grecia y siguiendo por las fiestas religiosas de los romanos, alcanzaron en la Edad Media la plenitud de su desarrollo. El *buey gordo*, tan en boga hasta no hace muchos años en Francia, no es

sinó un descendiente directo del sagrado buey Apis, elegido para las ceremonias del culto sacerdotal, y periódicamente ahogado en las aguas silenciosas del Nilo.

La civilizacion moderna ha borrado el sello sangriento de las primeras ceremonias en que parece tuvo orígen el carnaval, pero no ha sabido estirpar con igual éxito, el desenfreno licencioso de aquellas orgías tumultuosas, de aquellas horas de embriaguez y vértigo contínuo, que la tradicion señala con los nombres de bacanales, megalesias, lupercales ó panatenéas. Así, nadie recordaría, al contemplar estos tres dias de espansion culta y alegre, que en algunos pueblos de costumbres salvajes, ellos han sido destinados á la ejecucion de las víctimas condenadas al sacrificio. Los Germanos pintados por Tácito, eligiendo algunos esclavos, y despues de atarlos y embriagarlos, entregándolos á la voracidad del fuego en que personifica-

ban la diosa Hertha, parecen una pesadilla sangrienta si se les compara con las alegres é inofensivas fiestas del moderno Carnaval de Italia, las blandas serenatas de la ciudad de San Márcos, los confites y los *coriandoli* usados en Milan, el corso, la carrera de los *barberi* desbocados, las antorchas de los *moccoletti* de Roma, y los colores deslumbrantes del traje de los tipos clásicos de la bufonería popular, Arlequin, Pantalon, Colombina, ó Polichinela.

❧

El carnaval se vá, la alegría degenera ó desaparece. Nuestros tiempos son de lucha, de pesimismo, y de tristeza. El adelanto material ha traido consigo el desequilibrio moral. Hay demasiados problemas en la atmósfera de nuestro siglo para

que podamos desprendernos, como de un manto incómodo, de todas las preocupaciones que nos devoran. Las locas gigantomaquias de otras épocas, han sido sustituidas por las doctrinas utilitarias y las teorías desesperadas de los actuales sistemas filosóficos. De todas las regiones del mundo se elevan gritos de dolor ó alaridos de protesta. El pauperismo dá la mano al nihilismo, los tronos bambolean minados por la dinamita de los hambrientos, y las religiones positivas han dejado ver demasiado la burda trama de sus falsedades, para que sea posible conservar la ilusion. Llevamos en nuestras venas todas las degeneraciones y detritus de la humanidad dolorosa, todas las amarguras de la « ciudad doliente » de que hablaba Dante. Estamos todavía envueltos en los escombros del derrumbamiento de un mundo viejo. El polvo nubla nuestra mirada y buscamos en vano la luz de

la estrella polar que nos conduzca á buen puerto, en medio de los embates de un océano tempestuoso.

SOMBRAS CHINESCAS

Hay en todos los tiempos y todas las literaturas, una larga familia de tipos estravagantes que forman como una especie de caricatura del hombre. En general, si penetramos su orígen, si investigamos su abolengo, encontramos que han nacido del pueblo, como Gargantua de la oreja de Gargamelle. Salen de ese gran fondo de malicia y filosofía que flota sobre las masas como una nube surcada de contínuos relámpagos. Porque, es necesario decirlo, el pueblo es un poeta y un filó-

sofo. Sus sentencias que nos parecen banales en muchos casos, guardan siempre una verdad profunda ó una belleza desconocida, bajo su forma grosera, como esas cristalizaciones extrañas de las épocas primitivas, en cuyo interior se ve brillar una gota de agua, envuelta en una corteza rugosa. Todos los pensadores deben estudiar sus instintos; todos los artistas deben investigar los repliegues mas íntimos de su ser, seguros de encontrar en ellos, alguna de esas claridades que alumbran los misterios de lo desconocido.

Hay que verlo á sus anchas, entregado á los placeres de una diversion inofensiva, dando libre curso á sus espansiones de alegría ó de tristeza; en un teatro de títeres, por ejemplo. Ciertamente, al penetrar en la sala alumbrada por escasos mecheros, llena de una multitud compacta que aplaude frenéticamente, en esa reunion compuesta de mujeres y de niños, de jó-

venes y de viejos, de negros y de blancos, sentada en butacas de brazos descoloridos y grasientos, la primera impresion es detestable. Pero, quien vaya á recoger materias interesantes de estudio en todos aquellos rostros, ora lánguidos, ora resplandecientes con la luz de la alegría más viva, saldrá de allí repleto de reflexiones curiosas y de útiles enseñanzas. Aquel pequeño muñeco manejado por hilos, es el confidente del vulgo que le ha confiado sus pasiones y sus creencias, sus ódios y sus amores para que los interprete. Cada uno de sus chistes ha nacido en el gran fondo del júbilo popular; cada una de sus contorsiones grotescas está calculada para herir las imaginaciones sencillas que lo observan; cada una de sus sátiras da salida á una amargura de su suerte, ó á un vicio de su estado. Habla del hambre como de una antigua compañera; odia al rico porque su

orgullo lo aplasta y su desden lo abandona; su lenguaje es crudo porque está hecho para ser comprendido de un golpe; su gracia es maliciosa, su filosofía práctica pero interesante, y en sus palabras se descubre la esperiencia de su alma aclimatada á todos los vaivenes de una vida militante.

Los títeres tienen una historia más literaria y más antigua de la que podría creerse á primera vista. De ellos se hace mencion en las páginas de Heródoto al referirse á algunas estatuas egipcias, que como las de Apolo de Heliópolis tenían articulaciones. En Grecia, Ateneo nos habla de este género de espectáculos, y Horacio, Apuleo, Petronio y Aulus Gelio, en Roma, los mencionan con frecuencia. En estas representaciones, se reproducían los tipos más queridos del pueblo; y es en ellas donde encontramos el primer rastro de los célebres héroes de la co-

media italiana. Muchos autores han esplicado y demostrado perfectamente este orígen, pintando los caractéres que salían á luz en las farsas primitivas. Así, Maccus tiene muchos puntos de contacto con el Polichinela italiano; Buccus, de cara grande y rechoncha, se distingue por la imbecilidad; Luppus, es el tipo del anciano ridículo, hermano de los barbones de Plauto; Dorsellus, une á la sabiduría, la avaricia y una joroba; Manducus, inverosimilmente voraz, parece formado por la naturaleza para sectario de Brillat-Savarin; y Panníeulos, vestido de retazos de diferentes colores, puede reivindicar una parte de la paternidad tan discutida de Arlequin.

En la Edad Media, reaparecen los títeres en igual forma que en Grecia y Roma. Las canciones narrativas sobre historias bíblicas, leyendas de santos ó hechos de cualquier otro órden, segun Ch. Mag-

nin, autor de la *Histoire des Marionnettes,* son verdaderas *cantica* destinadas á servir de esplicacion oral á algunas pequeñas piezas pantomímicas representadas con ayuda de títeres en la férias ó en los pórticos de las iglesias. Por este mismo tiempo se movieron con hilos muchas imágenes sagradas. Y en las fiestas religiosas se paseaban grandes manequís mecánicos, representando hidras, gárgolos, tarascas y dragones.

En Italia es donde los títeres han tenido su cuna y su apogeo. El pueblo los ha amado y les ha infundido un soplo de su espíritu burlon. Representaban al aire libre, en los teatros ambulantes, y cada ciudad tenía sus personages favoritos. La tradicion nos ha conservado el amor de Roma por Cassaglino y Meo Petacca, el de Milan por Girolamo, el de Nápoles por Pulcinella y Scaramuccia, el de Turin por Gianduja. Se les llamaba

fantoccini, y cada ciudad llegó á tener su teatro permanente para estos espectáculos. Los *fantoccini* se diferenciaban de los *puppazzi*, en que los primeros eran puestos en movimiento con ayuda de pequeños cordelitos y los segundos con la mano del artista, escondida debajo de los vestidos de su muñeco.

La España, al dar carta de naturaleza á esas diversiones, les llamó *títeres*. Magnin hace notar que en tiempo de Cervantes ya eran populares y gozaban de éxito seguro. Polichinela ha recibido allí el nombre de D. Cristóbal. Todos recuerdan á este respecto la soberbia descripcion de una pieza de fantoches hecha en las páginas del Quijote.

En Francia repiten al principio los tipos de la comedia para despues representar más de una creacion popular como Tabary y Juan de las Viñas. Pero el personaje eminentemente francés de esas

representaciones es la *Mère Cigogne*, verdadera hermana de Grandgousier y de Gargamelle, personificacion de la fecunda clase baja y de la mujer de numerosa prole.

En Inglaterra, los títeres han sido llamados consecutivamente *puppet*, *mammet*, *drollery*, y con ellos se han representado obras de orígen religioso. Pulcinella transformado, figura en las escenas modernas al lado de los más grandes personajes de Shakspeare.

En Alemania, por último, ellos eran conocidos desde el siglo XII, y Polichinela cambia allí su nombre por el de *Hans Wurst*, siendo siempre el tipo cándido, satírico y brutal, que representa las pasiones y los juicios del populacho. Aquellos teatros de títeres han sacado sus argumentos de las leyendas populares y en uno de ellos fué á beber Gœthe la primera idea de Fausto.

«¿En qué parte, se pregunta un escritor, no ha penetrado el lijero teatro de tela que Polichinela y sus parientes alegran con sus voces chillonas, producto del silbato de sus empresarios? Donde no ha sido naturalizado, lo vemos aparecer como turista. Las escenas móviles de los muñecos se vuelven á encontrar en Persia, en Constantinopla, en el Cairo. En Turquia, un payaso obceno, *karagheus*, reina entre las cuatro paredes del *castello*. Hasta los chinos han repetido el tipo eterno del bufon popular que tiene una sátira para cada grandeza y un chiste para cada circunstancia, y que, oculto entre un armazon de seis piés cuadrados, despilfarra sobre las tablas de su teatro enano, toda la malicia, toda la gracia y toda la originalidad que guarda el espiritu vivo de la plebe.»

Las preocupaciones más arraigadas de la muchedumbre, los anhelos y las

aspiraciones más íntimas de su existencia, los errores que ella toma por artículos de fé y los cándidos sueños que visitan su abandono; el pueblo, en una palabra, ondulante y agitado con la influencia de mil corrientes contrarias, habla, llora, rie, canta, sueña, vocifera, insulta, maldice y enaltece por boca de todos esos engendros que han salido de su seno y que ama con todo el ardor de su corazon indómito y robusto.

El títere despierta sérias ideas en los espíritus replegados sobre sí mismo, como la simbólica serpiente de los antiguos pueblos. El títere clásico, primitivo, manejado con cuerdas, no es una máquina, ni un autómata, ni un muñeco; es un sér! Palpita y se estremece como si sintiera en su seno los latidos de un corazon. El que carece de resortes siente el alma del artista y parece encontrar en su pequeñez, todas las expansiones de una vida agitada

y tumultuosa. Esa figura apenas bosquejada sobre un pedazo de madera, vestida con algunos viejos harapos, tiembla y marcha, llora y rie, grita y solloza, ruega y aconseja, balbucea y apostrofa; los juegos de la luz le prestan relámpagos repentinos, y artísticos claro-oscuros; parece que sus labios tallados se entreabrieran para modular palabras porque el títere obedece consecutivamente á los caprichos, á los arranques, ó á las pasiones del que lo maneja y todos sus movimientos son la consecuencia de las ideas que nacen en el cerebro del sér que le infunde el fuego de su inspiracion y la vitalidad de su cuerpo.

Un dia el genio llega y se apodera de este boceto informe, toscamente labrado por el gran artista colectivo. Lo arranca del molde imperfecto en que ha sido vaciado y empujándolo por la espalda, como á un fenómeno de féria, lo espone á la

contemplacion del mundo que permanece entre serio y alegre ante estas sombras chinescas que nos asombran por sus siluetas abigarradas y fantásticas.

¡Con cuánto amor admitimos entónces en nuestra intimidad á esos originales, siempre dispuestos á hacer piruetas! Obedecemos á ese instinto secreto que nos hace buscar lo grotesco y deleitarnos en el ridículo de nuestros semejantes. ¡Qué curiosa sería una historia natural de la risa! ¿Por qué gozamos con las tribulabulaciones de Franz Horn, de Freiligrath, del profesor Massman, estas víctimas de Heine, y su amargura causa nuestra alegría? ¿Por qué nos engolfamos en las reflexiones de don Juan, de Mardoche, de Beppo y de Namouna?

Swift dá la mano á Heine, Sterne á Luciano, y desde Aristófanes hasta Byron, el látigo satírico deja un rastro sangriento sobre las espaldas heridas. El verso se

hace cómplice del lápiz y la imágen conspira con la idea para atacar las preocupaciones y las debilidades del vulgo ignorante ó de la aristocracia orgullosa. Más tarde la tradicion perpetúa el recuerdo de los séres ridículos que han provocado la sátira de sus contemporáneos.

Cuando los cómicos franceses preguntaban á Crebillon por qué había adoptado el género terrible, «no podía escoger, respondió, Corneille había tomado el cielo, Racine la tierra; no me quedaba más que el infierno». El verdadero artista es semejante, y tiene que abandonarse al impulso de su inspiracion. Poned á Juvenal escribiendo anacreónticas, y tendreis unos pequeños versos sin delicadeza y despojados de gracia; pero entregadle la pluma del satírico y mostrará las miserias y las corrupciones de su época desgarrando la careta hipócrita con que se encubre el vicio. Hay almas que no ven más que el

lado ridículo de los hombres. Hay conciencias que estallan con indignacion sondeando las miserias y los dolores humanos. Ellas llevan la sonrisa en los lábios y la amargura en el pecho; no hay estertores que igualen sus carcajadas.

EL LIBRO DE LOS LIBROS

Tu frente pensadora se inclina sobre las páginas del volúmen abierto, y en la soledad de tu gabinete de estudio quieres sorprender los secretos de la vida! Una ambicion generosa de gloria y de saber, te dá fuerzas para el sacrificio. En la penumbra discreta, resaltan tus libros resplandecientes, y todo lo que la vista alcanza á tu alrededor, está marcado por el sello de tu reflexion severa y juvenil al mismo tiempo. Los dias se suceden; la primavera gozosa hace olvidar la tristeza

del invierno. Los árboles demacrados se cubren de hojas y de flores, y el concierto de los músicos de la selva, renace entre el follaje sombrío. La naturaleza palpita como una jóven desposada, al desfallecer en los ávidos brazos del amado. Las rosas centellean en los cercos espinosos; y el cielo se despliega, sereno y fulgurante, como un inmenso pabellon azul. La juventud te llama y te hace misteriosas confidencias. Sientes sobresaltos íntimos, y súbitos anhelos de sufrir y de gozar. Tus ojos se humedecen de pronto, y un hondo suspiro se escapa de tu pecho. Y, ávido de emociones que no conoces, herido por presentimientos turbadores, embriagado por secretos íntimos que aguijonean tus sentidos aletargados, la aurora te sorprende, pálido y deshecho, con la imaginacion tendida y el alma trémula delante del enigma aterrador.

❧

Deja esos libros polvorosos, esos tratados oscuros, esos mentidos profetas que se adjudican modestamente la posesion de la verdad humana. Desgarra las páginas amarillentas de los textos de una filosofía engañosa, y cierra tus oidos al canto de los poetas, que te adormecen para arrastrarte al escollo. La vida se abre ante tí, con sus pasiones y sus amarguras, con sus crueles miserias y sus grandezas sublimes. La féria mundana se ofrece á tu observacion despiadada y sagaz. Penetra en ella con audacia y valentía, levanta la careta convencional de los seres, estudia las fatalidades de la materia ciega, calcula el alcance y el vigor de las fuerzas fisiológicas; abre, en fin, ese libro de los libros que se llama el corazon humano,

esfinge eternamente interrogada por el pensador y por el artista.

Y ante todo, humilla tu espíritu ante la mujer y rinde tu pasion á sus encantos. Ella es la eterna vencedora, el *alma nutrix* de la humanidad doliente. La ciencia de Fausto se eclipsa y desaparece ante la blanca imágen de Margarita. Un beso de sus labios rosados, vale más que todos los preceptos de sus pergaminos oscuros Desdémona moribunda y Ofelia arrastrada por las ondas traidoras del arroyo, en la pureza de su pasion y la inocencia de sus instintos, son más grandes y más profundas que el moro enloquecido por la calumnia y por la sospecha, y el sombrío visionario de Elseneur, amargo y pesimista, fluctuando en el vértigo del desequilibrio moral. Esas dulces flores segadas en la aurora, cumplen sonriendo su destino; nacidas para amar y para morir, aman y mueren. No turba la linfa

cristalina de su existencia, esas pasiones devorantes, esos arrebatos coléricos, ese fermento de ódios y de demencias, que embriaga á sus verdugos como un alcohol envenenado!



Busca la soledad, aléjate del tumulto ensordecedor de la vanidad mundana, y elije la compañera de tu corazon. Aíslate por algun tiempo en el misterio de tus amores, como un sacerdote piadoso en la sombra del sagrario. Ella debe ser hermosa y apasionada. La belleza ennoblece y depura la inteligencia del hombre; la pasion alimenta el fuego de su espíritu como el viento de las cumbres vivifica la llama de las hogueras del pastor. El que cruza la vida sin un amor, es igual al que cruza el desierto sin brújula y sin alzar

la mirada al cielo para encontrar en él la luz protectora de los astros. Su alma vaga en la oscuridad eterna, semejante á las almas de los condenados en la fúnebre apatía de los limbos dantescos. Como el hombre primitivo, aterido de frío y de terror en la sombra de las cavernas, al hacer brotar el fuego siente en sus venas la sávia de una nueva vida, el corazon adormecido, se siente revivir al contacto del amor. Arrodíllate ante el altar en que reina la Diosa preferida, y ama con igual fervor sus ojos y su mirada, sus labios y su palabra, su carne y su alma. Besa amorosamente las líneas esculturales de su cuerpo, sacia tu vista en ese poema de la juventud y de la gracia, esas formas de deliciosos contornos, los cabellos sedosos que ruedan desprendidos buscando la caricia de tu mano, la garganta flexible, el arco delicado de las cejas, la cintura sombreada con resplandores de ámbar,

los brazos que te estrechan con júbilo nervioso y los labios cálidos que suspiran dulces palabras en tus oídos.

❦

¡Ah! nada vale sobre el fango de la tierra, esas horas de tiernas confidencias en que dos almas gemelas palpitan á compás y se trasmiten el efluvio de su ternura. ¡Qué poema delicioso, esas largas veladas del invierno, pasadas junto á la bella querida, siguiendo con la vista los resplandores y sobresaltos intermitentes de la madera que arde en el hogar, y dejando en libertad el pensamiento, que divaga y se pierde en meditaciones confusas! En el exterior, el viento pasa con lúgubres aullidos; el firmamento nublado parece aplastar al mundo como la lápida de mármol negro de un sarcófago inmen-

so. La lluvia cae triste y ásperamente, azotando los cristales á cada nueva ráfaga del ciclon nocturno. ¡Desgraciado del corazon solitario y vacío en esas noches de horror! El demonio del suicidio bate sus alas en la sombra de la tristeza, y el spleen amargo nos invita á arrancarnos de esta cárcel de tortura. Las miserias de nuestra suerte, los dolores de la especie, los engaños de la existencia, todas las sujestiones del dolor y de la protesta misántropa, resuenan como voces acusadoras en los gemidos del viento. Un alarido de ódio se escapa de nuestros labios crispados, contra la tiranía del azar y la insuficiencia de las leyes humanas y divinas. Comprendemos la tea del incendiario y disculpamos el puñal del anarquista! Una palabra de amor, el contacto de unos labios adorados,—dulcifica nuestra amargura y calma las tempestades íntimas de nuestro sér. Una mística dulzura

invade nuestro corazon, y, al caer en los brazos abiertos, al apoyar nuestra frente sobre un seno palpitante, las lágrimas humedecen nuestros ojos, y el alma entera se funde en un beso de amor y de suprema piedad!

SOBRE UN POETA

El distinguido poeta don Rafael Nuñez, Presidente de la República de Colombia, ha tenido la bondad de remitirnos, con pequeños intérvalos de tiempo, los últimos cantos que ha dado á luz en Bogotá. Son ellos siempre la nota elevada y dominante de esa inteligencia analítica y poderosa, el acento escéptico mezclado con el canto de íntimas vibraciones psicológicas, el verso viril, metálico, cortante, con durezas y resplandores de acero.

La cualidad que distingue al Dr. Nuñez,

— una gran suma de pensamiento encerrado en una forma concisa,—campea en las estrofas que tenemos á la vista, ya sondee el abismo de la creacion y se estremezca al borde de la cima *(Sursum)*, ya interrogue los misterios del ser é investigue las potencias recónditas del sentimiento del Arte *(Psiquis)*, ya por último, levante á los ojos maravillados de una mujer, la antorcha de los ideales supremos. En todas partes, se admira el alcance filosófico, la honda vision intelectual de este pensador vigoroso, poeta pesimista y desencantado de la vida, hermano gemelo del génio de Leopardi, modificado por Darwin y Hérbert Spencer.

Su observacion implacable, se impersonaliza cada vez más; sus pasiones y sus gritos rebeldes, se condensan en una que otra frase de una crueldad amarga que cae en la copa dorada del poema, como una gota corrosiva de veneno. Algunas

veces su pensamiento se envuelve en nubes, como la cúspide de un monte escelso; pero el mismo esfuerzo que exige el penetrarlo, le da una trascendencia especial, una consistencia mayor, aumentada por nuestro propio intelecto bruscamente despierto ante el problema. Habla, así, de sueños y de quimeras, y, sin embargo, se advierte que no les presta demasiada fé. Es un escéptico y lo que es más aún, como todos los espíritus científicos de nuestra época, es un positivista. En el vaiven incesante de su inteligencia en accion contínua, todas sus palabras concluyen con una interrogacion. Por eso ha quedado y quedará, como el símbolo y la más gráfica fórmula de su filosofía, aquel profundo canto de su musa títulado *¿Que sais-je?*

Este poeta, en efecto ha estudiado los libros y los hombres; ha meditado y ha vivido. No le son desconocidas las rudas turbaciones del alma, los arranques tem-

pestuosos de una naturaleza exaltada, los desencantos de las sensaciones muertas, el hastío rencoroso de las ambiciones realizadas. Hombre de pluma, ha sido tambien hombre de accion. El talento artístico se une en él al talento político ó este no es tal vez sinó una de las formas del primero. No abandona su vida á las ciegas combinaciones del azar. Se dirije como un piloto esperto, salvando los escollos y defendiéndose de las tormentas, con un plan determinado y un derrotero fijo. Es de los triunfadores y de los que escalan el Capitolio. Y, sin embargo, en todos sus acentos se advierte la huella de un desencanto profundo, de una vacilacion incesante. Se diría que, como Hércules atraido por la Voluptuosidad y por la Virtud, no elije á ninguna de ellas y permanece de pié en el camino polvoroso, tendiendo sucesivamente su brazos ávidos á las dos apariciones rivales.

Así, unas veces piensa en una vida anterior á nuestra vida, en un primer eslabon de la cadena del ser:

De la vida entera,
Una hilacion latente sobrevive,
Cuyo lejano punto de partida
Fué tal vez anterior á la actual vida.

¿Quién no lleva revueltos
En su interior, de lontananzas de oro
Reflejos inefables, que repiten
Contornos de quimeras infantiles,
Flores de babilónicos pensiles?

Por la luz del recuerdo,
Tal vez cuando inclinados recorremos
De desierta Necrópolis las ruinas,
Nos sentimos vivir á una distancia
Remota mucho más que nuestro infancia.

Esta idea lo persigue y, en otras partes, ve todo ligado en la Creacion, é indica que «la ley del desarrollo es tambien ley de ascension»:

En la vida del alma
Tal vez hay estaciones progresivas,
Ojos cuya videncia se prolonga
Con la meditacion.

. . . .

Al fondo del Oceano,
En ostra oscura aljófares florecen
Que brillan luego en imperial diadema,
Y del coral la congelada planta
Pide calor á olímpica garganta.

De humilde hoja de acanto
Calímaco ofrendó gentil corona
A las columnas que admiró Corinto.
Los siglos pasan, y el cicel venera
En noble capitel la hoja ligera.

La corporal figura
Del hombre, dominada por su mente,
Formas etéreas cobra en ocasiones,
Y entónces, libre de presion profana,
Brilla con aureola sobrehumana.

Luego, encuentra que así como Colon halló incompleto el mundo físico, halla-

mos deficiente el mundo moral, que el justo no siempre se escuda ante las asechanzas del mal; que vemos á Ciceron librándose al sicario y á Sócrates apurando la cicuta; más de todo esto se desprende una leccion consoladora:

. . . .

Lo grande tiene un habla
Un no sé qué espasmódico y profundo,
Algo que hace entrever cosas remotas.

. . . .

Ténues signos son estos
Que vienen, al azar, del nuevo Oriente:
Vagos anuncios del futuro día
En que, como tras largo parasismo,
Cada ser dudará de ser el mismo.

. . . .

En esa elocuente poesía de los *Ideales*, el doctor Nuñez, desenvuelve un tema espiritualista de alta trascendencia moral. El Ideal es para él la aspiracion suprema,

el *primun movile* del mundo psicológico, la columna que ha guiado á la humanidad en el desierto, la fuente inspiradora en que ha bebido el genio sus más grandes inspiraciones.

Ese ideal al arquitecto guía
Para elevar audaz su campanario
Hasta unir con la eterna salmodía
La que resuena en el velado dia
De las góticas naves del Sagrario.

Ese ideal divaga por las ruinas
De las grandes metrópolis ya muertas,
Y al rumor de las auras vespertinas
Del pasado entreabriendo las cortinas
Nos hace ver sus maravillas yertas.

Ese ideal se alumbra en las estrellas,
De la mujer asoma en la sonrisa,
Se arrebola de Véspero en las huellas,
Murmura de la alondra en las querellas
Y danza al son de la nocturna brisa.

. . . .

Todo cuanto al vulgar turba ó sorprende,
Porque no cabe en la trivial rutina,
Todo lo que alas poderosas tiende
Y en creador entusiasmo el pecho enciende,
Porque algo irradia de la luz divina;

Todo eso forma Génesis aparte
Que no gira al redor del comun eje,
Que halla en el trueno diapason del arte,
Que, á veces, como el sol rayos reparte
Y de azul inmortal su palio teje.

En ese inmenso cràter de emociones
La Esfinge espanta, Delfos profetiza,
Duerme Daniel en lago de leones,
Pasan Centauros, Cíclopes, Tritones...
Y el calvario entre auroras se divisa.

. . . .

Algunos versos más adelante, el poeta ve en la Grecia el modelo del poder del ideal en el destino humano; y define á Salamina y Maraton «la victoria del alma indignada». La realidad, empero, lo que se palpa ó mira, no es para él sinó el perfil de lo que existe, y todo lo que alcan-

zamos á ver en la tierra, no es sinó «la forma exterior del sentimiento oculto, la corteza de una sávia misteriosa, que hace brotar hojas, flores y frutos». El amante del ideal, el alucinado de lo grande, tiene la ciencia del profeta. El trípode es la cátedra de la verdad, la pitoniza es la palabra del Dios!

De ese hervidero en que la fé deslumbra
Surgen trágicas formas en tumulto,
Reales como visiones de profetas;
Que el númen tiene en sus convulsas horas
Telescopios que aclaran lo invisible,
Milagrosas auroras,

Así, la palabra final de ese poema, el consejo supremo á la juventud, es un himno al ideal de la virtud y á la inocencia del alma:

Es en sus polos que la existencia
Con la invariable verdad confina;
Y allí reside la mejor ciencia...

Niña! haz tu apoyo de la inocencia.
Que, aunque vendada, recta camina.

El pensamiento que preside á esta composicion magistral, parece anunciar una nueva primavera en el espíritu misántropo de este poeta de la duda. Tal vez se produzca en él una evolucion mística, conducida por el vacío de la fé y el cansancio de la reflexion latente que desmenuza el mundo buscando el resorte incógnito de la vida, semejante á la filosofía monástica del conde Tolstoi que termina su existencia en el ocaso, como Pascal en la aurora. El poeta no sufrirá con el cambio, pero el filósofo dejará de hacernos oir la salmodia amarga de su esperiencia, esa sentencia de una tristeza infinita que pone sobre el alma la inscripcion de una de las más bellas tumbas de la catedral de Toledo: *hic jacet umbra, cinis et nihil*, sombras, cenizas, nada!...

SARAH BERNHARDT

Quand même.

Je l'avoue. Ce n'est pas sans une certaine hésitation que je me décide à parler de Sarah Bernhardt. Il y a longtemps que cette femme passionnée et dominatrice, est une des plus grandes préoccupations de mon esprit. Curiosité de psichologue ou sympathie de poète, ou bien, qui sait ? un amour de page pour sa reine, ce qu'il y a de certain, c'est que le culte que je lui ai voué ne s'est jamais démenti, et que je l'ai suivie à distance, comme un gar-

dien jaloux de son souvenir et de sa gloire. Aujourd'hui que j'ai l'honneur de lui souhaiter la bienvenue sur cette terre lointaine qui l'attend avec des fleurs dans la main et la joie dans le cœur, je voudrais, en même temps, pouvoir retracer le charme de cette fascinatrice, les philtres de cette magicienne et le secret merveilleux de cette organisation exceptionnelle, qui traverse le monde comme l'énigme du génie, en lançant son défi hardi à toutes les fausses idées du conventionnalisme humain.

Personne plus qu'elle n'a occupé une plus grande place sur la scène dramatique de notre temps. La tradition et la critique nous ont dépeint souvent les glorieux prédécesseurs de Sarah Bernhardt, les Mars, les Dorval, les Georges, qui avec des partenaires comme Talma et Fredérick Lemaître, luttaient en faveur de l'avenir de la nouvelle école, pendant que Rachel

se consacrait toute entière au culte de la tragédie classique. Sarah les a remplacées pour les éclipser. C'est à elle, mieux qu'à tout autre, que l'on peut appliquer ces paroles de Vacquerie : « Ce n'est pas une artiste, c'est un drame; drame gigantesque, inépuisable, réel, idéal, fantastique, joyeux, sinistre, tendre, cruel... D'un coup de son coude irrésistible elle entr'ouvre dans les branchages de l'action des échappées éblouissantes sur des horizons inattendus ». Comme sur le masque antique, les deux faces de l'âme et de la vie, étincellent sur ses traits. Elle a deux aspects, éternellement divers, le sourire léger de la comédie aimable et la fureur de la tragédie sanglante. On l'a vue dépenser, jeter à pleines mains tous les trésors de sa nature ; défier la mer, les tempêtes et affronter plus de dangers que ces audacieux aventuriers espagnols qui vinrent fouler aux pieds pour la première

fois les virginales solitudes de l'Amérique déserte. Et quand elle semblait faible ou fatiguée, comme une amazone désarçonnée ou comme une souveraine sans trône et sans vassaux; quand l'insultante mélopée de ses ennemis se préparait à troubler le mystère de son agonie morale, elle se redressait plus forte et plus vigoureuse que jamais. On la croirait douée de la puissance des génies des « Mille et une nuit », et on cherche instinctivement dans sa main la lampe merveilleuse d'Aladin.



Etudiez-là de près, et vous verrez que personne, peut-être, ne reflète mieux notre existence. Sarah Bernhardt est la personification de la muse à la fois passionnée,

efféminée et hystérique, qui semble dominer l'art contemporain. Ceux qui suivent avec quelque intérêt la marche et les tendances du mouvement intellectuel moderne, auront eu l'occasion de remarquer la relation intime qui existe entre cette femme extraordinaire et la révolution de l'esprit littéraire et philosophique de l'époque actuelle.

Sarah est bien le type, le miroir de cette époque de névrose et de passion, avec son agitation perpétuelle, ses amours et ses haines africaines, avec sa curiosité bruyante qui la fait s'essayer successivement dans tous les arts. Sarah, au théâtre, est un tempérament, comme Flaubert et les Goncourt le sont dans le roman, et Puvis de Chavannes et Manet dans la peinture. On chercherait en vain dans le passé une comédienne semblable. Aucune de celles dont la tradition nous a conservé le souvenir, n'a eu cette personnalité in-

contestable, cette force de création, cette vitalité nerveuse.

Cette grande artiste est, en même temps, un grand caractère. Une fierté immense semble lui donner des forces pour la lutte de tous les jours. L'histoire de sa vie appartient à tout le monde, et elle n'a jamais caché sous le masque l'histoire de son cœur. Nous connaissons ses faiblesses et ses erreurs, et cette franchise nous la rend plus séduisante et plus sympathique encore : à notre admiration se mêle un sentiment d'amitié et de tendresse qui voudrait adoucir toutes ses blessures intimes, descendre jusqu'au fond de l'abîme, et remonter avec elle vers le ciel constellé d'étoiles, comme Alighieri conduit par sa divine maîtresse.

❧

Les esprits superficiels vous parleront des excentricités de Sarah, de ses révoltes éternelles, de son amour du bruit et de la réclame étourdissante. Les chroniqueurs et les échotiers de Paris ont écrit sur elle les « mots » les plus piquants, les « blagues » les plus amusantes, des « charges » et des « anas » dignes des commensaux ordinaires de la table d'hôte de la mère Vauquer. Vous même, vous irez l'écouter, incrédules et moqueurs, sceptiques et prévenus. Comment ! direz-vous, c'est là cette grande actrice, cette célèbre comédienne qui promène à travers le monde ses caprices et ses passions, comme Jeanne la folle le cadavre de son mari ? Mais, prenez garde ! Un mouvement, un geste, une inflexion de la voix

d'or légendaire, et vous serez pris dans le cercle fantastique de son attraction. Vous serez empoigné, réduit à un servage honteux, les larmes vous couleront des yeux, et votre cœur battra à tout rompre. Oui, la voilà, l'éternelle victorieuse, l'idole aux pieds de laquelle on vient brûler l'encens des sacrifices, celle qui domine tout de ses mouvements félins, du charme harmonieux de son accent, de la puissance géniale de son geste, du feu de son action dramatique, du rythme de ses phrases cadencées et sonores, comme des perles versées sur une patène d'or! Et bientôt à l'éblouissement succède la passion qui finit par devenir du fanatisme. On la voit parcourir, avec une virtuosité admirable, toute la gamme des sentiments humains. On la suit, pris d'une sorte d'obsession indomptable, dans les divers rôles sur lesquels elle jette l'étincelle de son inspiration. Elle rit, et l'on rit; on abandonne

entre ses mains le secret de ses sensations les plus profondes, et l'âme, soulevé avec elle dans une sorte de symbolisme poétique, semble l'accompagner au milieu d'une série d'avatars infinis. On comprend qu'elle manie, avec autant d'habileté, le burin et le pinceau que la plume. Rien ne saurait nous étonner de sa part, tant elle s'impose par la réalité vivante de son génie.



Mais le moment n'est pas venu d'analyser sa personnalité. Nous n'avons aujourd'hui qu'à lui offrir nos hommages affectueux. Et, avant tout, Madame, permettez-moi de vous rassurer. Vous avez peut-être lu dans les *Contemporains* de Jules Lemaitre, un jeune critique intelligent et original, quelques mots qui nous concernent, à propos de la visite que vous

nous faites. En vous souhaitant un voyage heureux, il ajoute : « Vous allez vous montrer là-bas à des hommes de peu d'art et de peu de littérature, qui vous comprendront mal, qui vous regarderont du même œil qu'on regarde un veau à cinq pattes, qui verront en vous l'être extravagant et bruyant, non l'artiste infiniment séduisante, et qui ne reconnaîtront que vous avez du talent que parce qu'ils payeront fort cher pour vous entendre »... Non, Madame, gardez-vous de prendre au sérieux cette boutade fantaisiste qui, tout en témoignant d'une grande légèreté, est bien pardonnable de la part d'un esprit élevé. Vous ne trouverez pas ici les raffinements séniles des vieilles sociétés européennes, ni un art et une littérature en plein épanouissement. On pourrait nous appliquer le mot d'un écrivain anglais à propos des Etats-Unis : « Nous avons eu le temps de faire notre

Iliade, mais nous n'avons pas eu celui de la chanter ». Or, nous avons assez de cœur pour vous comprendre et vous admirer, et peut-être que la poignée de la main durcie par le travail viril des peuples jeunes, sera plus cordiale et plus chaude que les froides cérémonies du beau monde blasé. Nous ne saurons peut-être pas faire des calembourgs sur votre vie et votre personnalité, mais nous vous traiterons toujours avec cette galanterie chevaleresque et cette éducation qui sont les nobles privilèges de notre race. Et nous espérons bien que lorsque vous retournerez dans votre lointaine patrie, après ces pénibles excursions, vous pourrez affirmer à ceux qui connaissent si peu et si mal cette grande et libre Amérique où vous arrivez, que vous avez été reçue avec une large hospitalité et avec toute l'affection que l'on doit au génie, ce vrai envoyé, ce vrai messager de Dieu.

«FÉDORA»

La representacion de *Fédora* ha sido un verdadero acontecimiento en nuestra vida teatral. Jamás la curiosidad y el interés del público, tan vivamente excitados, han llegado á los estremos de que hemos sido testigos con motivo del *debut* de Sarah Bernhardt. Aquella turba compacta de solicitantes de las localidades agotadas, aquella agitacion y movimiento, me recordaba por una curiosa asociacion de ideas las descripciones entusiastas que ha hecho Gautier del estreno célebre en los

fastos de la literatura moderna, que ha quedado señalado con el nombre de «la batalla de *Hernani*». Y no traigo á la memoria este recuerdo por el simple placer de hacer figuras retóricas,—pues la primera aparicion de Sarah Bernhardt para la mayoría de nuestro público que ama las manifestaciones artísticas, es la fiesta *más intelectual*, por decirlo así, que se registra en nuestros anales. Sarah, es por excelencia la cómica moderna, la que interpreta y refleja mejor el teatro contemporáneo, la que pone más de sus nervios y de su sangre en el desempeño de su papel. Y es precisamente en *Fédora* donde las dotes extraordinarias y exquisitas de esta mujer muelle, ondulante y tormentosa, se exhiben con mayor vigor y con un relieve más vivo. La creacion de la princesa rusa, fué en Paris para ella, el pretesto de una de las más grandes ovaciones que se recuerdan en los teatros de la

gran capital francesa. Regresaba, despues de dos años de ausencia, y era para muchos de los espectadores un problema tan interesante como lo es para nosotros. El público, al reanudar la antigua y secreta historia de su pasion interrumpida, *boudait* con Sarah como un amante celoso. Leed las crónicas de aquella *première* memorable y vereis que, como dice Weiss, « desde el fin del primer acto la aclamacion para ella era furiosa y unánime », hasta el punto de merecer del espiritual cronista estas palabras: «Gracias á Sarah Bernhardt la representacion de *Fédora* en el Vaudeville, ha llegado á ser un acontecimiento artístico y literario. No repetiremos las palabras de bella, admirable, sublime que corrían por la sala, Sarah ha estado mejor que todo eso: ha estado perfecta!»

Todo el mundo conoce el argumento de *Fédora* y pocos más palpitantes han

hecho estremecer las fibras del público moderno. Sardou es siempre en esta pieza el hábil fabricante de situaciones patéticas, el sagaz manufacturero que levanta con más seguridad que nadie el complicado andamiaje de sus dramas. Como se ha dicho, « no es inútilmente que él tiene el perfil del Primer Cónsul, pues posee algo del génio táctico y estratégico de su menecmo, pudiendo asegurarse que sobre el campo de batalla y el campo de ejercicio del drama, Sardou es Bonaparte». Ningun detalle de verosimilitud escapa á su ciencia consumada; ninguna de esas *ficelles* que tanto chocan en el burdo teatro de Echegaray, por ejemplo, y que hace que el desarrollo de la accion parezca los entretelones de un teatro de títeres. La hora avanzada en que escribimos estas lineas nos impide hacer como desearíamos un juicio detenido de *Fédora* y podemos solamente diseñar á grandes ras-

gos su argumento. El eje sobre que reposa es la muerte misteriosa del amante de la princesa Fédora que se consagra á la venganza y persigue hasta Paris á Loris Ipanoff, sobre quien recaen sospechas del asesinato. Allí Fédora consigue hacerse amar por él y le arranca la confesion del presunto crímen que resulta no ser sinó una muerte justa, en legítima defensa, pues Loris había sorprendido al amante de Fédora con su propia mujer, y no había hecho fuego sobre él sinó despues de haber soportado un disparo del seductor. El final no puede ser más terrible. Fédora ama á Loris, labra por una denuncia impremeditada, la ruina de su familia y su propia desventura, y no pudiendo soportar el desprecio de su amado, se envenena y muere. — ¡ Qué grande, qué bella, qué sublime se ha mostrado Sarah en las diversas alternativas de este drama! Ha tenido acentos, mi-

radas, actitudes, gestos, movimientos de un arte irresistible y avasallador! La hemos visto luchar contra los inconvenientes del teatro en que actuaba, contra las toses importunas de una gran parte del público que parecía un hospital de asmáticos, contra la ignorancia del idioma francés de la otra, hasta salir definitivamente triunfante. Es necesario decir que el público, que al principio se mostró frio, y hasta ensayó algunas manifestaciones de desagrado, reaccionó más tarde y coronó de aplausos y de aclamaciones á la eminente artista. Hubo un momento angustioso en que íbamos á deplorar nuestra réplica á la opinion de Mr. Jules Lemaitre sobre el salvajismo y la ignorancia de los americanos, pero felizmente la vacilacion fué pasajera, y asistimos á una de las ovaciones más unánimes y estruendosas que nos ha sido dado presenciar.

El éxito de Sarah Bernhardt es fácil de esplicar. Ella es sublime en *Fédora*, porque en pocas piezas puede mostrarse bajo una claridad tan cruda. En aquella arena incandescente sus fuerzas se multiplican, sus cualidades se aguzan, sus actitudes se refinan y se destacan en una variedad vertiginosa de escenas interesantes. La veis sucesivamente pasar de la desesperacion á la ternura, del grito de la venganza al arrullo del amor. El puñal trágico que cae de su mano, la deja libre para deshojar las flores de Margarita soñadora. En el fingimiento á que la empuja el recuerdo de su novio muerto, encuentra acentos y modulaciones de una realidad terrible, de una sagacidad cruel. Pero cuando esta especie de Hamlet femenino, perseguida por el odio de la *vendetta*, se convierte en amante, cuando todos los resortes de aquella férrea organizacion eslava se aflojan, y se aniquilan en la pasion y la muerte

voluntaria, entónces toca el punto culminante del arte, esa suprema espresion de las situaciones vívidas en que nadie la ha aventajado hasta hoy. Su temperamento tempestuoso, ese derroche de nerviosidad y de sávia que se manifiesta en todas sus acciones, encuentra un molde admirable en ese drama tórrido, en que los acontecimientos se precipitan, las situaciones se acumulan y una mano invisible concluye por herirla con la desesperacion y la muerte. En *Fédora* Sarah gasta más vida y más sensaciones que muchas mujeres en el espacio de varios años. Su naturaleza generosa, el vértigo irresistible de su vocacion, la fatalidad fisiológica de su neurosismo excesivo, la arrastran y la esclavizan. Es la sirena que atrae al marino y el marino que muere en brazos de la sirena. La vereis entrar, reposada y tranquila, posesionarse de las tablas como una reina en su trono. De re-

pente, se diría que una fuerza tiránica la domina, que una embriaguez íntima la trasporta. Y pronto, la eterna victoriosa, sometida, reducida, empujada por el drama mismo, se arroja en él á cuerpo perdido como un soldado heróico en el estruendo de la refriega. Si, él es su señor, su dueño y su verdugo. Le dá su cuerpo y su alma, los latidos de su corazon, los gritos de su garganta, la fiebre intensa que la consume, el espíritu que la anima, y, entónces, trémula y sublime, encuentra *cette voix du cœur qui seule au cœur arrive*, como decía Alfredo de Musset hablando de la Malibran!

«FROUFROU»

Hay en el fondo de la atraccion irresistible que ejerce esta comedia ligera que, como la mayor parte de las de los mismos autores, ha sido comparada con los *souflés* apetitosos de la cocina francesa, un sentimiento de profunda simpatía por esa pobre criatura cuya falta no nace de la maldad ó de la corrupcion. Froufrou permanece pura aún en medio de su rebelion. Nada penetra en su naturaleza resbaladiza; todo pasa, se desvanece y se rodea de formas fugaces, el sentimiento del amor,

como el sentimiento del deber, el instinto maternal como el honor de esposa. Es verdaderamente la hija legítima de ese *coureur* que deja á la gran Carlota para dirijirse á Praga, como su hija dice, «con una mision coreográfica», temperamento sin rasgos morales definidos, ni bueno ni malo en el fondo, pero de apariencias indignas bajo la severa correccion de sus formas palaciegas. Educada en esa escuela perniciosa, es tarde para salvarse cuando Froufrou comprende que la han amado demasiado. Al principio, la vida se le presenta como un espectáculo curioso, y al que debe darse poca importancia. Ama á su marido, y á su hijo, casi como á su último traje de baile. Por lo demás sus caprichos son inocentes, pero en el interior de esa niña mimada palpitan todas las debilidades enfermizas de su sexo.

Porque, no lo dudeis, Froufrou, es pro-

fundamente mujer en su superficialidad brillante, en esas adorables futilezas, y hasta en ese temor, tan sincero y tan humano, con que dice á su marido que penetrará en un convento « pues no se siente con fuerzas suficientes para matarse ». En ella encontrais la nota verdaderamente femenina, sin ninguna de las frases empenachadas de Madelon y Cathos, ni ninguna de las lecciones de Trissotin. Así, se abandona á sus inclinaciones favoritas con todo el entusiasmo de su juventud libre y voluntariosa. Su futuro amante se queda atónito al ver que ella rechaza con enerjía el beso que está en la pieza, él « que había estudiado su papel solo por ese detalle ». Más tarde cuando su hermana ocupa el puesto reservado á la esposa en el hogar honrado, nada es de un *verismo* más palpitante, que esa brusca fermentacion de los celos, esa humillacion contenida que estalla en frases hirientes y en reproches

agresivos para terminar con la fuga de una aventura á lo Casanova.



Al terminar la representacion de *Froufrou* acudía á mi memoria una frase de Auguste Vitu, sobre el estreno de la pieza de Meilhac y Halévy, que acababa de presenciar: « Aquella noche, todo Paris creyó en Froufrou — Desclée, y la existencia de esta hizo que la crítica creyera fácilmente en la existencia de la pieza ». Lo mismo podría decirse de Sarah Bernhardt. En aquel torbellino que la arrastra, que la embriaga y la devora, ella es quien impregna por decirlo así, con su propia vida, ese papel vertiginoso y ondulante. Poco á poco, la fiebre de la inspiracion la levanta, la diviniza, y la niña frívola, lijera, casi insignificante, concluye como

heroina. Se la ve pasar de la risa al llanto, del aturdimiento á la ira, de la indiferencia á los arrebatos de furor; los celos se enroscan en su alma con los anillos tortuosos de la serpiente. Un momento de impremeditacion, un cuarto de hora de locura, y teneis hecha la desgracia de su vida. Lleva el gérmen del dolor en las entrañas, y, como la amada de Hamlet, pasa por la escena como una aparicion fugaz, que se borra y se desvanece en la sombra.

Pero, entretanto, ¡ cuántos perfumes deja tras sus pasos ! ¡ Qué ráfaga de juventud y de poesía nos acaricia y arrulla desde su primera entrada, jadeante, animada por la carrera, con su traje ceñido de amazona, hasta el último suspiro de su agonía, y ese supremo pedido que hace á su hermana con la antigua inocencia de *Froufrou* : « Tomarás entre mis vestidos un vestido blanco... su falda está salpica-

da de pequeñas rosas... Esa es la que quiero... y vereis que linda estaré y cómo volvereis á encontrar, una vez más á la pobre Froufrou ». Su caida, sus errores, los tormentos de su vida, todo se borra ante esas frases virginales. Se ve entónces que el pecado no había sinó rozado su alma juvenil, como el cielo primaveral se nubla á veces por una nube pasagera. Si, es ella, la Froufrou de siempre, la cabecita adorada y caprichosa para quien los pensamientos graves tienen el peso del *roitelet* de la fábula, para el junco débil y flexible. La sonrisa de la infancia ilumina su rostro demacrado, y muere entre su hermana y su hijo, como el niño que estrecha al espirar sus últimos juguetes. Se recuerda á la pequeña Nelly — de una de las obras maestras de Dickens — inclinándose tambien como una flor tronchada que esparce sus hojas por la tierra, y cerrando sus ojos azulados pa-

ra abrirlos en el mundo invisible de las almas.



Este carácter ligero, chispeante como la espuma del *champagne*, arrebatado y variable, ha sido interpretado de una manera deliciosa, con esos hallazgos que son la revelacion más indiscutible del artista, con esos matices de sentimiento y de espresion á que solo llega el talento en su apogeo, por la eminente artista que nos visita. En *Froufrou* se exhibe bajo una nueva faz de gracia *insouciante* y de sentimiento candoroso, que no es por cierto la menos encantadora de esta actriz estraordinaria, de esta flexible organizacion apasionada y nerviosa, eléctrica y vibrante, que nos conmueve, nos arrulla y nos embriaga con el poder maravilloso

de su espíritu dominador. Una vez más hemos tenido oportunidad de apreciar anoche las notas del admirable espíritu de Sarah Bernhardt, los hechizos de su voz, el movimiento y el juego espresivo de su fisonomía delicada y elocuente. Una vez más hemos visto la risa franca y contagiosa iluminar su boca como un rayo de sol, las lágrimas velar el azul profundo de sus ojos y la lividez cadavérica tender un velo fúnebre sobre su frente. Y al verla así, revolotear como una mariposa ligera que se consume al fin en la llama que roza con sus alas, encontrábamos en ella la encarnacion más perfecta de ese tipo femenino, delicado como un encaje y mudable como la onda, que su amante define con pasmosa exactitud:

«¿De qué otro nombre llamarle que convenga mejor que este á la deliciosa criatura para la cual parece haber sido inventado? ¿ No eres acaso tú entera, Frou-

frou ? Una puerta que se abre, y á lo largo de la escalera, un ruido de faldas que se desliza y baja como un torbellino... froufrou. Entras, buscas, husmeas, arreglas, desarreglas, charlas, te enfadas, ries, hablas, cantas, saltas y bailas, Froufrou, siempre froufrou, y estoy bien seguro que mientras duermes, el angel de la guarda agita dulcemente sus alas con este ruido delicioso, froufrou. »

«LA DAMA DE LAS CAMELIAS»

Cada vez que, en épocas diversas y distintas circunstancias, he penetrado á la «casa de Molière», una impresion siempre nueva é igualmente profunda ha agitado mi alma. Desde el vestíbulo de aquel templo del arte, el espíritu se siente en un mundo familiar. Hé ahí al viejo Voltaire con su sonrisa sarcástica semejante á la mueca de un Belial envejecido; hé ahi á George Sand sentada en su elegante sillon de mármol, teniendo delante de sus ojos, como una venganza de ultratumba,

el perfil elegante y delicado de Alfredo de Musset. Sombras, recuerdos, visiones desvanecidas. Los grandes nombres del pasado se unen ahí á los espíritus luminosos de nuestra época; y, espectáculo incomparable, en un *vis-à-vis* inmortal, podeis contemplar la efigie de Balzac, soñando en la *Comedia Humana*, frente á la cabeza enmarañada del viejo Dumas que parece dispuesto á dejar escapar de sus lábios nerviosos y entreabiertos, el torrente de su verbosidad inspirada é inagotable.

¡Dumas! este nombre recuerda toda la leyenda del pasado. Una obra crítica puso hace poco en discusion su personalidad vigorosa y simpática. Se le admira y se le discute, se le incenza y se le ataca. Nadie niega su facilidad vertiginosa, esa fiebre de la produccion rápida, en cuyos accesos contínuos amontonaba las páginas y los volúmenes como los materiales de una

Babel gigantesca; nadie pone en tela de juicio la chispa relampagueante de su conversacion, esas luces de Bengala, esas bombas que estallan iluminando cuanto lo rodea, sustituidas pronto por otras más nuevas, más originales, más esplendorosas, en la confianza de su trato íntimo; nadie hiere de frente su popularidad inmensa, ese culto idólatra que le profesaba el pueblo, y que lo hacía seguir por las calles de Paris.

En cambio, se reduce á un límite estrecho su papel en la literatura; se le compara con Scribe; se dice que su paso en el arte no será señalado sinó por el tipo de Artagnan, fundido á su imágen y semejanza; y uno de los jueces autorizados de la *Revue des Deux Mondes* reeuerda con intencion sarcástica y malévola que en tanto que Dumas ya tiene dos estátuas, Lamartine tiene solo una y Musset carece de ella. ¿Cuál es la razon de esta buena

suerte? pregunta M. Brunetière. Y hé aquí su respuesta, que me conduce directamente á la *Dama de las Camelias*: «Es que otros son los hijos de su padre, y Dumas es el padre de su hijo.»



Pocas veces la naturaleza ha infundido en dos seres tan estrechamente vinculados, dos genios tan distintos. El viejo Dumas es todo imaginacion, derroche intelectual, ligereza y facilidad. Organizacion titánica y bullanguera, todo lo llena con los estallidos de su personalidad dominadora. Los esbozos de sus más hábiles colaboradores, salen de sus manos rejuvenecidos, marcados para siempre con la indeleble señal de su genio. En cuatro plumadas enérgicas, convierte la obra de un principiante que tantea, en una novela

bella, llena de interés y de emocion dramática. Tiene el don de prestar vida y animacion á todo lo que toca. De ahí su éxito en el teatro. Otros tornearán mejor el período académico; otros fundirán con mayor arte su pensamiento en el molde del verso, pero nadie ha conocido los recursos de la escena ni ha tenido en suspenso la ansiedad del público, como el autor de *Henry III* y *Catalina Howard.* Ese maravilloso talento dramático se ha trasmitido á su hijo, pero mezclado con un vasto caudal de observacion filosófica y de ciencia social de que el padre carecía y que constituye más que cualquier otra cosa, su grandeza y la verdad de sus producciones. Así, menos fecundo que aquel, el autor de *La Dama de las Camelias* vé más lejos y llega más adelante. Es un filósofo implacable, algunas veces. Podeis discutir sus conclusiones, podeis encontrar paradógicas sus tésis; pero no

podeis dejar de respetar su talento. Es tambien aquí donde se descubre la huella del viejo Dumas, esa marca potente que hacía exclamar á Janin: «En cada página, en cada línea, en cada palabra se encuentra esa personalidad vigorosa, ese sablazo, ese plumazo, añadido á su garra de leon, ese brío ardiente que nada detiene, esa verbosidad que arde, brilla y que se apaga para renacer de nuevo. Llama de incendio, llama de ponche, fuego fátuo de las lagunas Pontinas, estallido de pasiones devorantes encendidas en todas las invenciones posibles é imposibles, pero, en fin, pero en realidad, pero siempre, la verdadera y famosa llama de Alejandro Dumas.»

Esa llama da fulgores centellantes, brilla como una herencia del génio, en la frente del autor del *Demi-Monde*, y dá calor y movimiento á *La Dama de las Camelias*. Hay en la vida como en el arte simpatías irresistibles, tiránicas, que nos llevan á veces más lejos de donde desearíamos llegar, y es una atraccion de esta especie la que siento al escuchar esta obra palpitante, conmovedora, real, de un alcance moral tan profundo y de una piedad tan sincera para las faltas espiadas en el dolor. Allí se vé en toda su sublimidad la doctrina evangélica que lava las culpas del que delinque y el que sufre. Una vez más la defensa del débil, la rehabilitacion de la mujer caida, el error sublimizado por el llanto y borrado como en las aguas de un Jordan divino. Me direis que la trama de esa pieza soberbia, es falsa y convencional; me hareis notar la doblez de ese carácter en que se con-

funden los celos de un Otelo aguado con las complacencias torpes del caballero Desgrieux. *Shocking!* Margarita Gautier es una mujer entretenida, es la reina de las horizontales, momentáneas ó como quieran llamarlas. ¿Y es ese ser menospreciado el que se quiere que aplaudamos y admiremos? Seamos francos de una vez por todas, y aconsejemos tener en nuestra cabecera *Los diálogos de las cortesanas*, de Luciano, el *Asno de oro* de Apuleo, las abominaciones del Marqués de Sade y las aventuras pimentadas del baron de Faublas!

Pues bien, si, una y mil veces. Esa mujer es sublime porque es real, porque palpita, vive, llora y muere, sin afectaciones hipócritas, sin posturas artísticas, sin la *pose* repugnante de los dolores teatrales. ¿Sus vicios? Sus vicios son una virtud. Ama, adora á un hombre con todo el fanatismo de los primeros ardores, con toda

su alma y todos sus sentidos. Ha derrochado su juventud, ha gastado su sávia, ha arrojado á los cuatro vientos su inocencia y su pureza, la candidez de su alma y los jugos vitales de su cuerpo, pero en el fondo del abismo la baña un rayo de sol. Y esa claridad que despeja su conciencia, que le muestra su situacion y le revela su suerte miserable, es su consuelo y es su martirio. ¡Qué grande en su sacrificio! ¡qué pura en su abnegacion! ¿Qué importa que el resorte fundamental de la intriga sea inverosímil? Despojad á la *Dama de las Camelias* de todos sus incidentes, dejad ese solo final de un horror tan trágico y tan doloroso, esa agonía de mujer que ama, esa aspiracion indómita hácia la luz, la libertad, las brisas frescas de la mañana y el cielo diáfano del medio dia, mientras la fiebre roe el organismo caduco y se ceba en él como una bacante sanguinaria, contemplad su angustia, sus

sordas torturas, los aguijones de la materia que cede y los aleteos del alma que se levanta; colocad esta escena de una melancolía infinita en ese medio ambiguo en que todas las realidades y las miserias de la vida se ven bajo su aspecto más cruel,—y decid si eso solo no es bastante para hacernos estremecer. En cuanto á mí, prefiero la franca desenvoltura de Margarita Gautier, á la fría y metódica existencia de virtud correcta pero mezquina del *père* Grandet. No se ha escrito nada mas *humano* que esa historia de un amor desenlazado por la muerte, y ese es el único secreto de su éxito prodigioso.

Margarita Gautier es uno de los papeles en que Sarah Bernhardt muestra más génio y conmueve más íntimamente al espectador. Se desliza sobre los primeros actos, marcando aquí y allá, las escenas culminantes, con toques magistrales, hasta elevarse en el final á una altura sobre-

humana. Es siempre esa misma sencillez, esa misma voz embriagante y seductora que llega hasta las entrañas y nos conmueve y nos arrulla con su música cadenciosa. Es siempre el brillo de esos ojos, el juego de esa boca pequeña y espresiva, la tirantez de sus músculos en los momentos de dolor, la lividez de la muerte en las mejillas, y las tortuosidades, los ademanes felinos de ese cuerpo flexible que ora vibra como una palmera y ora se endurece en una rigidez férrea; es, por último, en la hora de la agonía, el arte supremo unido á la suprema emocion, el alma entera de esta gran artista desprendiéndose de la carne enflaquecida y de los dolores humanos! ¡Ah! pobre y dolorosa víctima purificada por la inmolacion! ¡Pobre Margarita Gautier! si en nuestra edad se llorára todavía por las amarguras ajenas, cuando el alma guarda vivas y ardientes sus propias cicatrices,

todos deberíamos llorar tu martirio ¡oh hermana ennoblecida de Manon Lescaut! que, como ésta en las soledades de América, caíste en el vacío de las puras afecciones, en el árido desierto del corazon!

«PHÉDRE»

Si me pusiera á investigar las razones de la viva simpatía con que acompañamos los triunfos de la mujer estraordinaria que en estos momentos nos visita, quizá encontraríamos que una de las más poderosas es nuestro amor por las letras, nuestro entusiasmo por todas las manifestaciones artísticas. Sarah es generosa con los que piensan y viven con el libro y por el libro. Nos arranca de la monotonía abrumadora de nuestra existencia banal, simétrica y uniforme, para hacernos re-

montar á una esfera más elevada y más pura. En nuestra vida anémica y triste, inocula el ardor de una sangre de veinte años, y nos hace olvidar la tiranía del dios Dollar y el apegamiento al mercantilismo *á outrance*. Hay en este movimiento intelectual que á todos nos transporta, en éste interés ávido con que seguimos sus apariciones teatrales y agitamos alrededor de ella toda clase de teorías estéticas y de problemas morales, una voluptuosidad incomprensible para los espíritus miopes y una delicia íntima para los amantes de la belleza eterna. No le hableis á Monsieur Mouton, el enemigo de los periodistas, tan hábilmente pintado en cuatro rasgos por Murger en la *Vie de Bohème*, y menos al declamador, hinchado y ditirámbico Mirabeau de la farmacia que Flaubert ha inmortalizado bajo el nombre de Homais; no les hableis, digo, de estas especulaciones elevadas. Su cerebro

espeso necesita otros alimentos. La crema de Chantilly les deja hambrientos y furiosos.. Dadles los platos sustanciosos, los guisotes vulgares de las bodas de Camacho, el rancho comun en que puede meterse la mano y el codo sin vanas etiquetas y sin una política enemiga de la glotonería. Pero no son ellos los que debe tenerse en cuenta, en este momento de produccion y de goce inmaterial, que transforma el molde eterno y monótono de nuestra prensa. Algun descontentadizo podría quizá desear que los que hasta hoy han tomado á Sarah por pretesto de sus elucubraciones, se hubieran preocupado más de ellos mismos y menos de los demás. Pero hay hábitos inveterados de aldea que es imposible desarraigar en un dia, y la esperiencia nos enseña que entre nosotros no se puede hablar de una artista, sin arañar de paso á los que antes han hablado de ella. ¡Pobres y tristes mi-

serias de la vanidad! Sin embargo, el campo es vasto y casi inesplorado. Lo que sería ocioso y hasta ridículo en Europa, es oportuno y esplicable aquí. El estudio sincero y detenido, la opinion de los maestros familiares al gusto público en los viejas y cultas sociedades del viejo mundo, es casi una necesidad para este escenario nuevo en que nos agitamos, y para llenar los huecos de la insuficiente educacion clásica y literaria que recibimos. La representacion de una tragedia de la época y género de *Phèdre,* por otra parte, no es saboreada sinó por un corto número de *amateurs.* No culpemos, pues, á nuestro público si él no encuentra un interés enorme en ese espectáculo original. Todos los públicos son iguales en esto, y sinó preguntad á Leconte de Lisle el número de representaciones á que alcanzó su traduccion de la *Erynnies* griega en el Odeon, á pesar de ajustar el nombre

de sus personajes á la mayor fidelidad helénica y transformar, como se ha notado con gracia, el nombre vulgar de Clitemnestra en el más sonoro y exacto de *Klutaïmnestra*.

Con *Phédre* nos encontramos en plena tragedia clásica y en pleno siglo XVII. Confesemos que el salto es colosal de la rusa Fédora á la heroina griega. Pero Sarah gusta de estos estremos que demuestran la variedad de sus aptitudes y la flexibilidad de su génio siempre luminoso, y no debemos quejarnos del contraste, pues se trata de una de las obras maestras del repertorio clásico francés. Clásico hemos dicho, á pesar de la nueva teoría de M. Deschanel segun la cual los románticos de hoy son los clásicos de mañana, de tal suerte que Racine ha encontrado un puesto especial en su galería de los románticos del clasicismo. Todo el mundo conoce el argumento de *Phédre*,

por lo menos todos los que conserven en la memoria los puntos culminantes de la historia literaria de la Grecia. Eurípides le dió forma en una obra que ha quedado como un modelo de interés y de belleza, y es necesario remontar hasta él para explicar su alcance y su importancia. Discutido al principio el trágico á quien Aristófanes reprocha pintar princesas que arden en la hoguera de la pasion y no respiran sinó el adulterio y los crímenes, al lado de reyes envilecidos por la adversidad, que se cubren de harapos y tienden la mano como los mendigos, el éxito le sonrie, por fin, y los atenienses derraman lágrimas compasivas sobre la suerte de Fedra culpable y Telefo desgraciado. Eurípides, en efecto, une á una habilidad indiscutible para el manejo de todos los afectos humanos, una admirable precision para pintar los furores del amor. «Esquilo, ha dicho el autor del *Viaje de Anacarsis,* había conservado

en su estilo los atrevimientos del ditirambo, y Sófocles las magnificencias de la epopeya; Eurípides fijó la lengua de la tragedia, no retiró casi ninguna de las espresiones consagradas especialmente á la poesía; pero supo de tal manera escoger y emplear las del lenguaje ordinario, que bajo su feliz combinacion, la debilidad del pensamiento parece desaparecer, y ennoblecerse la palabra más comun. Tal es la mágia de ese estilo encantador que, en un justo temperamento entre la bajeza y la elevacion, guarda casi siempre su elegancia y claridad, es casi siempre armonioso, corriente y tan flexible que parece prestarse sin esfuerzo á todas las necesidades del alma.» Estas palabras que parecen escritas para ser aplicadas á Racine dan una medida exacta de la similitud de caractéres y de talentos que existía entre el trágico antiguo y el moderno. Los dos han poseido esta mesura y esa

habilidad manual, por decirlo así, para vaciar el verso en un cuño magestuoso y armónico. Les ha faltado el verdadero estallido del genio, el grito que parte de las entrañas y nos conmueve en Sófocles, ó esa magestad que define el génio de Esquilo con las propias palabras que él aplicaba á su Hippómedon: «El espanto marcha delante de él con la cabeza elevada hasta los cielos». Pero Racine, bajo el aspecto de la belleza poética y de la belleza pura, es verdaderamente grandioso y conmovedor, especialmente en *Phèdre.*

Phèdre, ante todo, se adapta maravillosamente al talento descriptivo y á la amplificacion lírica que caracteriza el género á que pertenece. Discutida en estos últimos tiempos y vuelta á poner en moda

por la creacion de Sarah, que ha eclipsado á Rachel, la crítica imparcial ha saludado en ella una de las obras maestras de la literatura que puede mostrar á Corneille y Voltaire junto á Moliére. Y sin embargo, Racine ha sido burlado, atacado sin piedad, caricaturado con ira al advenimiento del romanticismo que lo miraba quizá como su enemigo más terrible en el pasado, precisamente por ser el más cautivante. Desde la *boutade* de Vacquerie,

Shakspeare est un chêne
Racine est un pieu!

el autor de *Iphigénie* y de *Esther* ha sido blanco de muchas sátiras crueles, aunque es el poeta de *Tragaldabas* el que se ha llevado la palma en el ataque. «Racine dice en *Profils et Grimaces,* se cree más grande porque es menos real. Error profundo. Lo grande es lo verdadero. Shak-

speare compone su ideal con la realidad. Sopla el lodo y hace brotar la luz. Racine no tiene el lodo, la materia, el vientre de Falstaff, la cabeza de Ricardo III; pero no tiene tampoco la luz, el azul, el ala de Puck, la frente de Hamlet. Se detiene en una region mediana que no es ni el cielo ni la tierra. Su teatro es como el féretro de Mahoma, ni sube ni baja. Es un féretro á su vez. Los que lo han abierto, han encontrado en él un esqueleto.» Y más lejos: «Racine es la tragedia. Voltaire ha podido impúnemente tocar á Corneille. Es cierto que Corneille nada ha sufrido. En cuanto á Racine, es diferente. Voltaire que ha reido delante del Evangelio, ha temblado delante de *Phèdre!*» Me parece oportuno recordar, á manera de *pendant* de este juicio cáustico de un compatriota de Racine, la opinion autorizada de dos eminencias de la critica estrangera, el inglés Hallam, autor de la *Introduc-*

lion to the Literature of Europe y el alemán A. W. Schlegel en su admirable *Curso de Literatura Dramática*. Para el primero, en *Phèdre* el discípulo de Eurípides ha tratado de sobrepasar á su maestro. Pero se nota esta diferencia, que si bien en las dos piezas el papel de Fedra deja á todos los demás en la sombra, en Eurípides muere hácia la mitad de la obra, mientras que en Racine vive hasta el final. Añade que aún cuando el trágico francés haya sacado mucho del poeta griego, es indudable que ha aumentado incontestablemente el interés y producido una más bella obra de genio. A su vez, el segundo dice textualmente: «Cualesquiera que sea el mérito relativo de Eurípides, de Séneca y de Racine, no es menos cierto que la *Phèdre* francesa hace época por un estilo verdaderamente trágico, y que ella contrasta fuertemente con todas las obras de los autores contempo-

ráneos. Si se la compara con la *Phèdre* de Pradron, donde no se descubre el menor vestigio de la antigüedad, donde todo recuerda las pinturas de los tocadores de Luis XIV, se debe admirar más al poeta que, penetrado del sentimiento de las grandes bellezas antiguas, ha sabido reproducirlas con su mismo brillo, sin alterar por eso su sencillez.» Heine dice poco más ó menos lo mismo, pero haciendo una distincion que me parece exacta. En Racine, en efecto, apunta el sentimiento moderno, se rompe con la armadura férrea de la edad media literaria, y mientras en Corneille se escucha el estertor de la caballería antigua, él hace oir el primer vagido de la musa nueva!...



El papel de Fedra ha sido la piedra de toque del talento de las artistas que la crí-

tica señala como antecesoras de Sarah Bernhardt. En Octubre de 1842 Madame Dorval, refiere Gautier, se decidió á abordarlo é interpretarlo, aunque quitándole mucho de su carácter griego y acercándolo á la época de Racine con su traje, *une belle jupe de damas vert-pomme ramagée d'argent, un corsage à pointe, une coiffure haute, un superbe habit qui eût fait bonne figure sur l'escalier de l'orangerie de Versailles.* Segun el autor de esta descripcion, Dorval estaba preocupada de representar de una manera clásica y eso no era lo que se esperaba de ella. Acentuaba el verso, hacía sonar las rimas y marcar los hemistiquios, se creía que iba á infundir en toda esa calma épica la turbulencia y la pasion del teatro moderno, y por el contrario, estuvo tímida, casi fria y como turbada. Algunos meses despues encarna Rachel el mismo tipo, y el éxito era completo. No se trataba ya del traje semi-antiguo, semi-

moderno, la frialdad y el amaneramiento. Aquella era la Fedra griega, apasionada y tumultuosa, ardiente y sedienta de amor. Me ha parecido al leer el *compte-rendu* de aquella representacion, estar en el Politeama y tener por delante á Sarah Bernhardt. Porque así como la Fedra de Rachel eclipsó á la de Dorval, así la creacion de Sarah ha herido de muerte á la de Rachel. Al crearlo en París, el dia 21 de Diciembre de 1874, aniversario del nacimiento de Racine, la genial Sarah coronó con un triunfo estrepitoso su gloria que marchaba al apogeo. Y la batalla era tanto más importante para ella cuanto que en Fedra da su medida una artista y hace ver en una noche si tiene simplemente talento ó si alcanza al genio. No necesitamos decir que Sarah demostró lo segundo. Auguste Vitu ha espresado la impresion que ella produjo en el público, con estas palabras que quiero traducir para

conocimiento de los que, por ignorancia ó por un prurito vano, creen que damos á esta artista noble más importancia de la que tiene: «Sarah Bernhardt ha compuesto con rara inteligencia el personaje de Fedra; en todas partes donde el papel exigía languidez, melancolía, ardor estremecido pero contenido aún, ella ha encontrado la nota justa y merecido algo más que la aprobacion de los conocedores. Dijo á la perfeccion la escena de su declaracion á Hipólito, en el segundo acto, y en el cuarto acto, el admirable pasaje en que Fedra, desesperada y deseando bajar á los infiernos, recuerda con temor que será juzgada allí por su propio padre, el inflexible Minos».



Desde suaparicion en la escena nos encontramos delante de la reina enferma y

apasionada. Si, esa es su palidez, su marcha lenta, el abandono inerte de sus brazos, la vaguedad indiferente de su mirada, la debilidad de sus miembros, el quebrantamiento de sus resortes morales. ¡Ah! qué bella, qué grande se revela entónces y exhibe los misterios de su alma y muestra la incurable amargura que la corroe, en sus acentos lánguidos, en esa morbidez quejumbrosa de su palabra, en la música plañidera del verso que suspira y se empapa en lágrimas al salir de su garganta. La llama latente que la consume dormita debajo de la ceniza, pronta á despertarse y elevarse, fiera é irresistible, al primer soplo de tormenta. Huye de Hipólito y la fatalidad le coloca en su camino. Entónces aquel organismo moribundo parece reanimarse y vivir con la vida de la fiebre. Sus ojos se iluminan, su tez se enciende, las vibraciones de su voz llegan hasta el corazon y allí pulsan todas las fibras de la

sensibilidad irritada. ¡Qué poema tan admirable, el canto de esa declaracion suave en los lábios trémulos de Sarah! Son arrullos y plegarias, cadencias de una dulzura infinita, divagaciones de una voluptuosidad oriental. Se diría la voz de la Sulamita respondiendo, con arrebatos de amor, al himno del profeta enamorado. Pero el desden la hiere, la indiferencia la encrespa, sus facciones se contraen, su voz silba y azota el rostro que antes besaba con la ráfaga ardorosa de sus espresiones armónicas. La pasion ha roto el cauce, los celos acaban de turbar aquella razon débil y vacilante, y entonces Sarah inimitable, apasionada, arrebatadora, nos muestra el cuadro de realidad amarga, de la pasion desenfrenada. Aquella mujer que ha estado á punto de mendigar el amor de un indiferente, como Emma Bovary se dirigía á buscar el socorro de sus amantes antiguos, encuen-

tra rugidos de pantera, lívidos resplandores de sacerdotiza de no se sabe qué culto sanguinario, que la embriaga como el fuego mordiente de la cantárida. ¡Qué flexibilidad maravillosa en la interpretacion de los diversos fenómenos morales! ¡Qué actitudes esculturales! Todos los términos admirativos de nuestro idioma, no bastan para rendir la diversidad de matices, la versatilidad ondulosa que muestra en el papel de Fedra la artista aplaudida por el mundo civilizado, el más completo temperamento dramático que ha formado la naturaleza para estremecernos y cautivarnos con el poder vibrante de su génio avasallador. El ha disipado las prevenciones, ha vuelto á reanudar la cariñosa y mútua simpatía que debe existir entre el auditorio y el actor. La monotonía del alejandrino francés, la indiferencia de la mayor parte del público, todo lo ha borrado y animado Sarah con su calor y su

sávia. El delirio de la pecadora se ha mezclado en ella al asalto de las visiones de una enclaustrada que turba la tentacion. Al terminar con la muerte ese papel tan complejo, recordábamos para aplicárselas á su gran intérprete, estas palabras de Saint-Victor: « Shakspeare, dans le *Songe d'une nuit d'ètè*, a fait Thésée Duc d'Athènes: Sarah Bernhardt, dans *Phèdre*, en est la Duchesse! »

LOS NIÑOS DE DICKENS

Taine, en su estudio sobre Dickens, no ha hecho sinó indicar uno de los aspectos más admirables de la obra del novelista inglés. En ese museo de figuras abigarradas y escéntricas, de originales que elevan sus *tics* hasta la altura de la monomanía ; en esa poblacion de humoristas y de silenos, de filántropos y de fenómenos, en que se contemplan en un careo eterno, Mister Dombey y Mister Pickwick, en que las lágrimas se enjugan con la risa, en que la sensibilidad

llega á un estremo de exageracion enferma; sobre el fondo alternativamente claro ó tenebroso de los cuadros palpitantes de realidad y de vida, diseñados por la mano del genio, cruzan algunos seres, delicados y amorosos, condenados al dolor y amasados con la tierna levadura de los afectos más puros. Los niños de Dickens forman una familia aparte en el mundo intelectual. Envueltos en la seda ó cubiertos de harapos, la Musa de la poesía los baña con las aguas bautismales, y les imprime en la frente el beso de las Hadas á sus protegidos. Se les ve pasar, á través del crímen y del vicio, bajo la salvaguardia de su inocencia, como conducidos de la mano por un ángel invisible. La maldad de los hombres no consigue apagar los destellos de sus almas transparentes, como no empaña la limpidez de sus ojos azules. Son aves encadenadas en esta cárcel sombría, y ávidas por levantar el vue-

lo En las noches oscuras, en las ruinas de los viejos cementerios, al borde del rio que precipita la turbia corriente de sus aguas fangosas, en los tabucos sórdidos de Lóndres como Oliver Twist, sentados sobre el mármol roido de una tumba de aldea, como la dulce Nelly, ó arrullados por la cancion de las olas como el pequeño Dombey, se diría que una voz cariñosa los llama desde el fondo del espacio estrellado.

El calor y la dulzura del cariño materno, hacen falta á esos mártires de la vida. David Copperfield, tiene que arrancarse bruscamente de los brazos de su madre, para ir á llorar entre los cuatro muros de un colegio triste como un monasterio. Nelly marcha solitaria acompañando y sosteniendo los pasos desfallecientes de su abuelo. Oliver Twist nace en un hospicio de mendigos, arrullado en la cuna por la horfandad y por la miseria. Dom-

bey recibe en la frente, con el primer beso de amor, el supremo estertor de su madre moribunda que «estrechando esta débil tabla en el último naufragio, se deja arrastrar por la corriente en el sombrío y misterioso océano que hunde á todo en sus abismos». En el fondo de estas almas indefensas, hay así un gérmen incurable de tristeza, algo como la nostalgía del amor que dá fuerzas para la vida. Una sombra perpétua nubla sus cabezas rubias y los acompaña, como la columna bíblica, en el desierto del mundo. Ese sedimento amargo corrompe la generosa sávia juvenil en los organismos predispuestos para la maldad, y fortifica los corazones vigorosos, que nacen para el honor y para la virtud. Esas luchas acerbas retemplan y depuran los caractéres escepcionales, pero es despues de haber asesinado la ilusion. Felices todavía los que mueren en la aurora, como Pablo y Nelly,

arrullados por la voz misteriosa que canta en el rumor de las olas ó suspira en las brisas del crepúsculo.

Oliver Twist empeña desde temprano un duelo incesante contra la fatalidad oscura y la maldad de los hombres. Ese niño que ve la luz del dia en una casa de caridad, tiene una alma noble, llena de generosos instintos y de sentimientos elevados. Pero todo se conjura para torturarlo y envilecerlo, hasta que al fin triunfante y probado por la adversidad, la calma renace en su existencia tumultuosa y la felicidad sonrie al héroe de la epopeya doliente. Es necesario leer en Dickens la descripcion del sistema de vida del huérfano abandonado. Un horror íntimo y profundo nos estremece al recorrer aquellas páginas crueles, que revelan los tormentos de una gehena desconocida. Los siete peniques por cabeza, pagados semanalmente á la vieja guardiana de los niños

pueden servir de *pendant* á la cena fúnebre de Ugolino. Ese combate incesante con el hambre, esa persecucion tenaz de las migajas, esa dieta perpétua, son una nueva edicion de las penurias del *Lazarillo de Tormes*. La sábia administracion de Mistress Mann nos inicia en todos los secretos de un ayuno convertido en sistema. Oliver, delante del consejo de la parroquia, como Pulgarcito interrogado por una asamblea de ogros, al pedir una doble racion del engrudo insípido del depósito, incurre en un crímen imperdonable. Aquel arranqne de audacia lo condena al sufrimiento, y desde entonces los detalles de su existencia hielan la médula de nuestros huesos. La imaginacion evoca sin querer la tétrica figura del Dean Swift y aquellas páginas de una bufonería de sepulturero en que calcula las ventajas de la muerte de los niños de Irlanda, y las cualidades que los hacen es-

celentes como alimento nutritivo y barato.

Los ingleses, segun Emerson, son «terrestres y de la tierra », *are of the earth, earthy*. Los niños de Dickens poseen en un grado supremo esta condicion. Se les ve vacilar y flaquear en los momentos de prueba; algunas veces caen en el fango, y les cuesta trabajo levantarse de él. Pero luchan sin descanso y sin desmayo, endurecen los músculos de sus brazos pequeños en la labor constante, sacan de su propia debilidad recursos de un heroismo admirable. La realidad los estruja, los oprime, quita el aire de sus pulmones sedientos. Son los prisioneros de esa negra y abrumadora ciudad que Dickens llama en una de sus obras *Cokeville*, el triunfo del hecho sin contagio con la imaginacion. Pero el ideal vela en sus almas y las levanta á luminosas esferas, abriendo á su vista lejanas y brillantes perspectivas. Una piedad evangélica se despren-

de de la narracion de todas esas infancias melancólicas. Dickens ha podido repetir con Steele: « Me propongo nada menos que hacer concurrir el púlpito, el tribunal y el teatro, al triunfo de la piedad, de la justicia y de la virtud ». La odisea de Nelly, esta Antígona infantil que conduce los pasos de un anciano devorado por un vicio incurable, muestra los ásperos caminos de la miseria y las dificultades de la ascension de esa escala de dolorosos peldaños de que hablaba Dante. ¡Qué mundo tan original aparece en el drama desgarrador, en esa peregrinacion contínua del viejo y la nieta, á través de pueblos y aldeas diferentes, de campos y heredades lejanas, buscando una calma que nunca conquistan y una felicidad que huye delante de sus pasos, como una burla del destino! El anciano neurótico, arruinado por el juego, parece siempre sentir á sus espaldas una voz amenazante.

« El asesinato y el suicidio, dice, están emboscados en cada una de estas calles... Nos seguirán si nos sienten... Huyamos, huyamos, pronto... ». Y así recorren sucesivamente todos los laberintos de la pobreza. La niña sufre en silencio, y sigue con ardor infatigable, con inconsciencia de mártir, desgarrando sus piés en las zarzas agudas, gastando su vitalidad en el dolor sin descanso. La taberna de Jolly Sanboys, punto de reunion de todos los fenómenos que acuden á la féria, tragadores de estopas encendidas, masticadores de cristales, enanos y gigantes, perros amaestrados y monos de una inteligencia humillante para el hombre, no hace sinó preludiar á la grotesca instalacion de Mistress Jarley «la verdadera, la única Jarley », con su coleccion de figuras de cera y su carromato errante, émulo del de Théspis. Las muecas diabólicas de Quilp, tienen su correctivo y su consuelo en la

abnegacion humilde del honrado Kit, dispuesto siempre al bien y la bondad. Nelly atraviesa este mundo sin mancharse con su contacto. Su alegría desaparece, dia por dia; su entusiasmo y su vida se gastan sin cesar; su rostro inocente se afila y se espiritualiza. La sostiene únicamente su amor por el anciano que, en una escena de trájico espanto, deseando tentar por última vez el azar encarnizado en su contra, aprovecha el reposo de la niña para robarle las miserables monedas de plata de su tesoro de mendicante. Esta fiebre de abnegacion centuplica su fuerza desfalleciente. ¡ Cuán bella en su amargura y cuán digna en su áspero via-crucis ! Jamás goza de un momento de felicidad sin contraste. Al fin se doblega y cae, trémula y dolorida, teniendo á su lado el objeto de su culto, con la dulzura y la tristeza de una flor que muere. Sobre su tumba abierta podría decírse, como

ante la tumba de Ofelia: « Arrojad flores sobre esta flor ». Las lágrimas asoman á los ojos ante ese cuadro de suprema agonía, y desde el fondo del alma suben á los lábios las palabras del maestro que velaba su sueño: « No es en la tierra donde concluye la justicia del cielo. Pensad en lo que es la tierra comparada con el mundo hácia el cual esta jóven alma acaba de emprender el vuelo; y decidnos en seguida, si aunque pudiéramos, por el poder de un voto solemne espresado junto á este lecho, volverla á la vida, decidnos si alguno de nosotros se atrevería á pronunciarlo. »

La niñez de Copperfield no es menos dura y combatida. Su madre débil, escoje sin saberlo, por su propia mano, el verdugo de su hijo, y lo unce al yugo de un tirano implacable. Sus primeras espansiones de cariño son ahogadas por la indiferencia y la frialdad de un hogar en que

se siente estraño. Sus brazos apasionados estrechan el vacío. Las salas del colegio se convierten para él en las celdas de un panóptico. Una honorabilidad instintiva lo salva, sin embargo, de la desesperacion y de la maldad. El ejemplo de Wilkins Micawber es para él tan inofensivo como el de Uriah Heep. Su rectitud moral lo aparta del abismo y lo sostiene en el vértigo. Micawber, una de las creaciones más admirables de la novela contemporánea, es tambien uno de los tentadores más peligrosos para las inteligencias ámplias y generosas. Los bohemios de Murger, los jugadores californeses de Bret-Harte, se humillan ante el modo con que Wilkins Micawber concibe el mundo y las finanzas. Este tramposo sin redencion se fabrica una filosofía desinteresada y soberbia para su uso particular. Una hoja de papel timbrado, una pluma con que firmar, y Micawber mira desdeñosamente

á Rothschild. La letra de cambio es su consuelo y su tortura. Micawber se siente grande y recuerda, tal vez, que Milton vendió por cinco libras el *Paraiso Perdido*; que Corneille se arrastraba por la calle con los zapatos rotos, que Cervantes se ha desquitado de sus ayunos prolongados pintando la voracidad de Sancho Panza, que Molière sufrió la prision por deudas; y si, hubiera vivido en nuestros dias, que Balzac ha luchado sin tregua contra el monstruo del vencimiento, y que Walter Scott ha amargado su vejez para ganar el pan. Para Micawber, nuestro siglo es el siglo del crédito, y la economía política la ciencia de las deudas por mayor. La señora Micawber participa de iguales sentimientos y los espresa con adorable candor: « Si los acreedores de Mister Micawber no quieren darle tiempo, sufrirán las consecuencias, y mientras más pronto concluyan las cosas,

mejor será para nosotros. No puede sacarse sangre de una piedra, y los desafío á que encuentren dinero en casa de Mister Micawber, por el momento, sin hablar de los gastos que les costarán las persecuciones judiciales... » Copperfield aprende en esta escuela las responsabilidades de la honestidad, y las exijencias de la conciencia. Su tia lo inicia despues en esas dulzuras del cariño que le eran desconocidas, en ese poema de la ternura que hace florecer los corazones puros, y la niñez hambrienta del desvalido es borrada por el bienestar de una edad madura, lujosa y resplandeciente de gloria.

David Copperfield, Oliver Twist, y la pequeña Nelly, han nacido en el desamparo. El hijo de Dombey nace en la opulencia, pero condenado tambien por un destino sombrío. El orgullo de su padre lo enclava en un sistema de hierro, tétrico y angustioso como las históricas jaulas de

Luis XI. Es verdaderamente el hijo de esa pálida mujer que muere al lanzarlo á la vida, en un dormitorio correcto, velada por un hombre-cifra, ávida de amor, y ansiosa de libertad. Pablo realiza las aspiraciones de su padre, y siente desde temprano la responsabilidad de su futura grandeza. Si Micawber vive de la pobreza, el desgraciado niño muere por la fortuna. « *Dombey and Son* », estas palabras que relampaguean delante de su padre, son fatales para él como el *mane*, *thecel*, *phares* de la profecía. En su cuerpo enfermizo, encorvado y caduco, palpita un alma romántica y exaltada. La rigidez matemática de su progenitor, transformada por la herencia, se ha convertido en divagacion solitaria y neurótica. Este hijo de Shilock, podría llamarse Ariel. Un tinte de reflexion contínua, amarillea su tez y concentra el haz disperso de su mirada. Ve siempre un más allá desconocido, ha-

bla con las sombras como los poetas y los alucinados, y atraviesa la existencia con la inconsciente seguridad de un sonámbulo. Una llama interior lo alienta y lo consume, descarna su cuerpo débil, y da á su aspecto ese vago colorido de ancianidad prematura que impone á los que lo observan. Las brisas de la campiña, el azote de la ráfaga marina, no pueden devolver el vigor á su sangre empobrecida. Su organismo decadente se doblega como un junco rozado por la hoz del segador. Y al fin muere, á la orilla de ese mar que le habla en las noches tenebrosas, escuchando el canto de las olas, ese monótono poema de la marea, que en el flujo de su vaiven incesante, le refiere fantásticas leyendas, balbucea en sus oidos las quejas de los que parten, el crujido de la vela que se despliega, y el adios del alma que se desprende de la carne dolorida !... Su martirio es la imágen más exacta

de estas existencias amargadas por el destino, y desenlazadas por una mano inmortal. Todos mueren en realidad, aún los que viven ! Sobre las ruinas de su infancia, sobre el cuadro de la niñez hambrienta de Oliver Twist y de David Copperfield, se levanta un nuevo ser abroquelado por el dolor. La fé primera de la inocencia deja en sus almas un monton de cenizas frias, y cumplen su mision resignados y valerosos, repitiendo en el fondo del alma las palabras melancólicas de Schiller : « He naufragado en el tempestuoso mar del mundo ; he visto las esperanzas de mi vida sumerjirse en el abismo ; no me queda ya sinó el recuerdo desgarrador de su pérdida ; y este recuerdo me enloquecería, si no tratara de ahogarlo, dando otra direccion á mi actividad ».

ÍNDICE

	Páginas
Dos palabras	5
Sinfonía de verano	7
Rastaquouère	17
As de oros	25
Fantasía nocturna	35
En el mar	47
La vuelta de las violetas	55
Música ambulante	63
Viuda	71
Una limosna	81
Sin misa	89
No más féretros	99
Luz y flores	109
Carnaval	121
Sombras chinescas	127
El libro de los libros	141
Sobre un poeta	151
Sarah Bernhardt	163
Fédora	175
Froufrou	185
La dama de las Camelias	195
Phédre	207
Los niños de Dickens	227